5-20

LA HEROINA HEBREA.

EL

MARTIRIO

DE LA

JOVEN HACHUEL,

Ó

LA HEROINA HEBREA,

POR

D. EUGENIO MARÍA ROMERO.

GIBRALTAR:
IMPRENTA MILITAR:
1837.

Esta obra es propiedad de su Autor, y perseguirá ánte la Ley al que sin su permiso se la reimprimiese: llevará cada tomo una seña particular.

AL

EXCMO. SEÑOR D. ANGEL DE SAAVEDRA, REMIREZ DE BAQUEDANO, RAMIREZ, QUIÑONES, OSORIO, GUZMAN, ZUÑIGA, &c., &c., DUQUE DE RIVAS, MARQUES DEL VILLAR, SEÑOR DE LOS DONADÍOS Y CASAS FUERTES DE TORRE-TEJADA, TORREQUEMADA, LA MORALEJA, Y LA GUADAMELENA; PATRONO DEL COLEGIO DE ESCRIVANOS DE LA CIUDAD DE CÓRDOVA; DEL HOSPITAL DE LA LATINA EN MADRID, Y DEL MONASTERIO DE STA. JUSTA Y RUFINA EN SEVILLA; POSEEDOR DE LAS CASAS FUNDADAS POR GRACIAN RAMIREZ, RESTAURADOR DE MADRID, Y FRANCISCO RAMIREZ, CONQUISTADOR DE MALAGA, &c., &c.; GRANDE DE ESPAÑA DE PRIMERA CLASE, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA

ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS TERCERO, CABALLERO DE JUSTICIA EN LA INCLITA Y MILITAR ORDEN DE SAN JUAN DE JERUSALEN, CORONEL DE CABALLERÍA DE LOS EJERCITOS NACIONALES, CONDECORADO CON VARIAS CRUCES DE DISTINCION POR ACCIONES DE GUERRA, ACADEMICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, Y DE LA DE NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO, INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ECONOMICAS DEL REYNO, Y DE OTRAS CORPORACIONES PATRIOTICAS Y LITERARIAS, &c., &c.

Excmo. Sr.

Al decidirme á dar á luz la historia de los hechos recientes que motivaron el martirio de la Heroina Hebrea, conocí mi insuficiencia para coordinarlos cual correspondia; mas, hallándome en

esta Plaza de regreso del Teatro que fué testigo de ellos, tuve el honor de saber residia V. E. en la misma, y esto me animó para suplicarle su proteccion, y que su respetable nombre, ya como una Dignidad de las primeras de España, ya como un literato; fuese una sombra que pudiera guarecerme de los tiros de la emulacion.

Conozco, Excmo. Sr., que esta pequeña obra tiene multitud de defectos, pero la indulgencia pública habrá de disimularlos en consideracion á mis buenos deseos; y V. E., aceptando esta pequeña espresion de mi gratitud, suplirá con su nombre, la insuficiencia de mi pluma.

Excmo. Sr.

Eugenio María Romero.

AL LECTOR.

Un accidente casual hizo poner en mi noticia un hecho digno de la posteridad. Refiriómelo con cierto entusiasmo un estrangero que habia sido testigo ocular del suceso, y mi corazon siempre sensible á las desgracias, quiso tributar un humilde homenaje á la virtud y al heroismo.

La dulce emocion que causó en mi alma el simple relato de los acontecimientos de la jóven Hachuel, me hicieron surcar los mares y transportarme al clima ardoroso donde se derramó su sangre. Allí hablé con los testigos presenciales de la ocurrencia; ví correr lágrimas de amargura por las mejillas de sus respetables padres; y yo mismo, acordándome que lo era, las vertí tam-

bien sobre el sitio que vió nacer á la desgraciada víctima.

No es mi ánimo sorprehender al Público con la narracion de un hecho improvisado: es un caso reciente, tierno, sensible, y muy digno de depositarlo en la historia. Recíbelo, lector, con indulgencia: él te ofrecerá mil rasgos de una virtud sublime, y una prueba nada equívoca del cuidado que deben tener los padres en no ser demasiado severos cuando se está formando el corazon de sus hijos; porque hay errores que no se subsanan con lágrimas, sino que un profundo remordimiento acivara los dias de la ecsistencia, y, despues que desciende el producto de la imprevision á las regiones eternales del silencio, en vano son las plegarias..... solo se consigue hacer mas dolorosa la memoria de lo pasado.

Jóvenes, imitad la constancia de la desgraciada Hachuel, admirando su virtud y fortaleza, y respetando los dogmas de su creencia religiosa. Ella se ha singularizado por su valor, casualmente en un siglo que no ofrece mas que ejemplos de debilidad: cubran su tumba sepulcral mil flores odoríficas que embalsamen los vientos con su ambar delicioso; y la generacion presente y las futuras, al oir pronunciar su nombre, respeten en su memoria á la Heroina Hebrea del siglo diez y nueve.

EL

MARTIRIO DE LA JOVEN HACHUEL,

Ó

LA HEROINA HEBREA.

En los últimos meses del año de 1834, residian en Tánger, poblacion de la costa de Berbería, dependiente del imperio de Marruecos, Haim Hachuel casado con su muger Simha, Hebreos que se egercitaban en el comercio. Habian tenido dos hijos, uno llamado Ysajar, que seguia la misma ocupacion de su padre; la otra Sol, que acababa de cumplir diez y y siete años, y que la naturaleza habia dotado de tan rara hermosura,

que formaba la admiracion de cuantos la veian. La fortuna no se habia mostrado demasiado generosa con Haim Hachuel; pues, aun cuando no carecia de lo necesario para ecsistir medianamente con su corta familia, no poseia abundancias para sostener una criada que hiciese las labores de la casa: así es que Simha, encargada del aseo de ella y de la educacion de su hija, procuraba que ésta estuviese dedicada el mayor tiempo posible á las faenas domésticas, abandonándolas cuasi del todo á su cuidado.

En los primeros años, la jóven Hebrea se sometia dócil á los mandatos de su madre y se ocupaba de contínuo en las tareas propias de su secso; pero cuando fué creciendo, y despertándose en ella aquellas pasiones que, aunque candorosas é inocentes,

suelen trastornar la faz de las primitivas ideas; la hermosa Sol se resentia un poco de que estuviesen reclusos de un modo demasiado severo los muchos atractivos con que la habia adornado la naturaleza. Su madre, que hasta entonces habia sido su única y mejor amiga, creyó de su deber mostrarle un carácter de rigidez que ecsasperaba á la jóven; y ésta que no encontraba en su casa aquella tolerancia que deseaba su corazon á los permitidos pasatiempos de su edad, fué á buscar fuera de ella, un ser sensible que oyera sus cuitas.

Vivia, cuasi á la inmediacion, una Mora, llamada Tahra de Mesmudi, con quien la hermosa Sol trabó correspondencia y amistad: algunas veces con el permiso de su madre se dirigia á su casa, con el objeto de entretener el

tiempo hablando de sus labores; y otras, burlando su vigilancia, se iba á ella á contarle sus penas. En muchas ocasiones, desaprobó Simha á su hija, aquella correspondencia con la Mora vecina; pero, satisfecha de la sinceridad que las unia, quiso tolerarla porque jamás creyó que hubiera podido tener un resultado tan funesto como el que despues se vió.

La hermosa Sol vivia disgustada porque su madre de contínuo la tenia invertida en todas las haciendas de la casa; apenas veia la calle; sus sobresalientes prendas, que eran el objeto de las alabanzas de mil jóvenes que se contaban felices con solo mirarla, formaban el placer de solos los autores de sus dias; y no parecia sino que al resto de los mortales les era vedado contemplar aquel prodigio de la na-

turaleza. Tal rigidez en la educacion de la encantadora Sol, la tenia en un estado de violencia que, mas de una vez ecsasperada, maldecia su fortuna; sin embargo ahogaba en su pecho los sentimientos que la agitaban; jamás dió á entender que sufria su corazon; y solo á la falsa amiga Mahometana era á quien comunicaba sus pesares. Pero, como la amistad sabe disfrazarse de tantos modos, la Mora hacia tiempo que meditaba un proyecto que habia de ser la ruina de la hermosa Sol.

Entre los Arabes es una accion meritoria convertir á su creencia á un *infiel*, nombre que dan á los que no pertenecen á su ley religiosa. Este género de conquistas las hacen siempre que pueden, por que, siendo un precepto del Alcoran, no se paran en los medios, sino que adoptan los primeros

que se les presentan. La fingida amiga habia procurado, siempre que hablaba con la jóven Hebrea, ponderarle, como por una cosa casual, la escelencia de su religion, las ventajas que proporcionaba á sus adeptos, y el aprecio que adquirian entre los creyentes los que la abrazaban: pero la inocente y amable Sol, mas pura que el cáliz de las flores, y bien distante de la perversidad de su vecina, jamás hizo mérito de aquellas ecsortaciones; al contrario, las oía con compasion, por que, estando ella cierta de su creencia y entusiasmada con la Ley en que habia nacido, reputaba como un esceso de celo religioso aquel contínuo elogio que hacia la Mora de los dogmas de su fé.

Un dia que se hizo anunciar la Aurora por entre mil grupos de espesas

nieblas que cubrian las bóbedas celestes con un opaco y tétrico semblante: que el tímido y destemplado gorgeo de las avecillas presagiaba momentos de dolor y amargura: que el ronco silvido del viento amenazaba desgajar al copudo arbusto: aquel dia que las flores amanecieron marchitas, que el astro vivificador se ocultaba á la vista de los mortales: la hermosa Sol, cual otra Circe desde su lecho, salió á templar con su presencia el ceñudo encono de los elementos. Tenia en su casa un camarin que frecuentaba de ordinario para sus oraciones, y á esta mansion dirigió sus primeros pasos despues que lavó sus manos de las inmundicias del pecado (*). Ocupóse

(*) Las Hebreas acostumbran, antes de sus oraciones y de alabar á Dios, lavarse la cara y las manos.

despues en diferentes labores, y, cuando ya era mas de mediado el dia, su madre la reprehende con aspereza porque no habia metodizado sus tareas; ella replica con un tono demasiado fuerte; su madre se ecsaspera y reproduce sus reprehensiones, llevándolas hasta el estremo de amenazarla; y la jóven, temerosa de ser vapuleada, corre con precipitacion á la calle, y se refugia en la casa de la Mora vecina... Momento de maldicion..... !!

La hermosa Sol se arroja en los brazos de aquella que creia pudiera templar su enojo; una y mil veces se lamenta de su suerte, y tiene la imprevision de significar su deseo de salir del estado de opresion en que se creyera sumergida: sus lágrimas y agitacion profunda daban á entender lo bastante cuan sensibilizada se ha-

llaba; y, ocupada su imaginacion con mil ideas que la atormentaban, se rindió del todo á las consecuencias del sentimiento. La astuta Mora que vió á la bella Sol poseida de tristeza y entregada á los pesares, conoce es llegado el instante de realizar su proyecto: "Hija mia," le dice, "tu eres infeliz por que quieres serlo: tu madre te esclaviza con dureza y abusa de tu paciencia, y aun de tus virtudes: cuantos te conocen te compadecen; la vecindad, escandalizada por el mal trato que te da, ha prorrumpido, mas de una vez, en serias esclamaciones contra su rigor; te llaman tonta porque no has puesto remedio á tus males, estando en tu arbitrio hacerlo; ninguna ocasion mas favorable puede presentártese que la que hoy tienes: yo seré tu protectora, tu mejor amiga; fia á mi cuidado tu salvacion y descuida;

¿ me entiendes amable Sol.....?"
"No os entiendo Tahra," le contestó la contristada Hebrea, "porque no alcanzo ningun medio decoroso para poder salir de la potestad de mi madre, la que, si es verdad que algunas veces me reconviene con razon, otras carece de ella, y varias esgrime sus enojos contra mis pequeños descuidos: ¡Si me tratára con mas dulzura..... no seria tan desgraciada.....!"

"Jamás esperes, amiga," le dijo la Mora, "que tu madre te trate mejor: ella te sacrificará á sus caprichos y te hará víctima de su fanatismo: ¿quieres salir hoy mismo de su poder.....? Oye..... Una y muchas veces te he hablado de la escelencia de mi religion: vuélvete Mora, y te vengas de quien te oprime, quedando libre...."
"Terrible propuesta me haceis, ve-

cina," contestó la jóven Hebrea, "yo jamás sabria ser buena Mora; además os oigo hablar como si estuvierais soñando, y, pues que necesito un instante de descanso, os ruego me lo concedais." Este término tuvo en sustancia el diálogo que habia mediado entre las dos amigas. La jóven Hebrea se apartó á una habitacion solitaria; y la Mora partió, con la velocidad del viento, á poner en ejecucion el proyecto que tenia trazado.

Se hallaba en Tánger, por aquella época, de Gobernador civil y militar Arbi Esido, hombre de carácter duro y caprichoso (*), de quien la Mora ecsigió una audiencia. Díjole que en su casa tenia refugiada una jóven

(*) El mismo que permanece en el propio destino en el dia.

Hebrea, mas bella que la primavera, á quien habia conquistado para volverse Mora; que su madre inutilizaria sus esfuerzos si permanecia en su compañía, pues la inmediacion de las casas la facilitaria el medio de hablarla y distraerla de su intencion. La audaz Mahometana encomió sobre manera la importancia de aquella conquista; y el Gobernador, acto contínuo, mandó á un Soldado que llevase á su presencia á la desventurada Hebrea (*).

El rayo no es mas veloz, cuando corta los ayres, que lo fué Tahra de Mesmudi para tornar á su casa y noticiar á la interesante Sol la providencia del Gobernador; pero, en el acto

(*) En Tánger todos los individuos de justicia son militares, pues solo á éstos está encargado su gobierno.

mismo que se disponia á decírselo, entran Simha, reclamando á su hija, y el soldado Mahometano con la órden de llevarla ánte Arbi Esido. Un contraste igual, no es fácil que se repita en mucho tiempo. La bella Sol que todo lo ignoraba, se ve con una intimacion para presentarse ánte el Gobernador: su madre que nada sabia, abraza y como que deseara impedir que fuese comparecida ánte la autoridad; y el soldado que queria cumplir con su obligacion, trata de separar dos corazones que no volverian á latir juntos jamás. La Mora Tahra, la fanática y precipitada Mora, era la única que sabia el misterio de aquel suceso, pero que trató de aparentar ignorancia, por no verse reconvenida en aquel mismo acto. Mas á la fuerza, que es la vencedora de la razon en todas épocas, fué nece-

sario sucumbir en aquellos angustiados momentos.

El soldado desune, con grosero desman, los brazos entretegidos de las dos Hebreas llorosas y angustiadas; y, al apartarlas, la hermosa Sol imprime sus lábios de carmin en las húmedas mejillas de Simha. "Madre mia," le decia, "templad vuestro pesar; yo soy ignorante de las miras del Gobernador; pero mi conciencia tranquila nada me hace recelar: confiad en mi virtud y en el amor que os tengo, que yo volveré á vuestros brazos tan pura é inocente como me aparto de ellos." No dieron lugar á mas contestaciones las ecsigencias del soldado esbirro: marchó presuroso con la víctima á presentarla al Gobernador; y su madre que seguia á lo lejos con la vista los pasos trémulos

de su hija, lloraba sin consuelo una futura desgracia.

Arbi Esido que fué avisado de la llegada de la Hebrea, dió órden para que entrara en su estancia (*). Su presencia cautivó al Marroquí en cuyo corazon se despertaron afectos que dieron al traste con su gravedad. "*Entra,*" *le dijo,* "y depon todo

(*) Los Gobernadores de Tánger, cuando van á hacer justicia, se sientan en el portal de su casa, acompañados de sus Secretarios; los soldados encargados de la policía y de la ejecucion de sus mandatos, se diseminan por los alrededores del local con sus espadas ceñidas y palos en las manos; y los que van á ser juzgados se arrodillan en la misma calle dando frente al sitio que ocupa el Gobernador, y en estos términos celebran sus juicios; pero con la Hebrea hubo la escepcion de recibirla en una estancia interior.

género de temor: yo soy el que, en nombre del Profeta, protejo tu resolucion, y yo el que me propongo hacerte feliz: el grande Alá ha querido comunicarte un rayo eficaz de su resplandeciente luz, para que abrazes su religion y sacarte de los errores en que te tenia la tuya: hoy es el dia en que principiarás á ser venturosa. . . . "
La Hebrea oyó con admiracion aquel lenguaje del Gobernador, y, sin quitar sus hermosos ojos de la tierra en donde los habia tenido fijos desde su entrada, guardó el mas profundo silencio.—
"¿No respondes muger hechicera....? las Huris del Paraíso no son mas hermosas que tu: ¿es verdad que quieres ser Mora. . . . ? ¿No lo has dicho á tu vecina y amiga Tahra. . . . . ? "—
" Os han engañado, Señor," contestó la jóven Hebrea: " yo jamás pronuncié semejantes palabras: ella me lo

propuso, pero no condescendí con sus deseos: Hebrea nací, y Hebrea quiero morir."

Estas razones espresadas con un tono de dulzura y modestia admirables, lejos de escitar la cólera del Gobernador, le hicieron tomar mas empeño en conquistar su corazon. "Algun temor oculto," le dijo aproximándose, " te ha hecho variar de tu propósito. Tu no tienes que temer de nadie; tus padres han perdido su potestad sobre tí; yo soy el que represento al Emperador, y sus colosales fuerzas te protegen desde el momento que te resolviste á entrar en los creyentes. Los humildes vestidos que te cubren, se tornarán por otros de brocado; la seda, el oro y las piedras preciosas, serán el premio de tu conversion y el ornato de tu gentileza: nada

desearás que no lo tengas: pronuncia sin vacilar un sí afirmativo, y ámbos seremos felices al momento." Ninguna impresion favorable hicieron en la jóven Hebrea aquellas deslumbrantes propuestas del Gobernador; al contrario, matizado su rostro como la rosa de la mañana á quien el ambiente fresco de la Aurora hace resaltar su hermoso carmin, oía con sorpresa aquellas seductivas palabras. De sus resplandecientes ojos se desprendian hermosas y abundantes lágrimas que humedecian aquel ingrato suelo, y un temblor general que hacia titilar todos los miembros de su cuerpo, daba á sus cabellos dorados, esparcidos en grupos simétricos al rededor de él, un movimiento que inspiraba el mas vivo interés. "Yo quiero ir á los brazos de mi madre," esclamó la jóven Hebrea árrojándose á los pies del Gobernador;

"nunca, Señor, seré Mora, porque nunca prometí serlo: si Tahra de Mesmudi os lo afirmó, faltó á la verdad; mis vestidos humildes jamás los cambiaré por otros en que resalten el oro y mi infamia; Hebrea nací, Señor, y Hebrea quiero morir."

El Gobernador, admirado de aquellas *contestaciones* llenas de resolucion y de *modestia*, continuó persuadiéndola de mil modos, ardiendo en su pecho á cada momento mas deseos de convertirla; pero, viendo inútiles todos sus esfuerzos, mandó llamar á la Mora Tahra para que en su presencia se ratificara en su denuncia. No tardó en venir aquella Mahometana falaz, en cuyo rostro estaban dibujadas la perfidia y la traicion. "Entra," le dice Arbi Esido, "y pronuncia delante de esta desventurada lo que con tanta ur-

gencia me revelaste esta mañana (*)." "Señor," respondió la falsa delatora, "esa Hebrea á quien el rigor que su madre queria emplear con ella la obligó á refugiarse en mi casa, me dijo esta mañana que estaba resuelta á abrazar nuestra Ley: contando con su consentimiento, vine á daros aviso para que la tomaseis bajo de vuestra proteccion; esto dije entónces, y esto repito ahora.... ¿hay algo en contrario....?"—"Sí, amiga Tahra," respondió con vehemencia la hermosa Sol: "no atribuyo á perversidad de vuestra alma las palabras que acabais de proferir; tal vez una equivocacion

(*) Entre los Moros, la delacion de una sola persona forma prueba suficiente para imponer hasta la pena de la vida; y en materias de religion se acostumbra con mucha frecuencia. ¡Bárbara legislacion....!

de vuestros oidos haya sido la causa del paso imprudente que habeis dado. Yo lloraba en tu casa, lamentándome del pequeño disgusto que habia tenido con mi madre; por algunos momentos abrigué el funesto deseo de haber querido salir de su autoridad, pero aseguro que me arrepentí al instante. Yo, entregada á mis pesares, te oí decir que me volviera Mora; pero recordarás el poco aprecio que hice de tu propuesta, y que no vacilé en asegurarte, que yo no podia ser jamás buena Mora. Recuérdalo, amiga Tahra...."

*Esto habló la Hebrea con el acento del amor; pero la Mahometana, contradiciéndole con aspereza y grosería, aseguró su delacion, y llevó á tal estado sus réplicas, que insultó del modo mas cruel á aquel encanto de la her-

mosura. "Ya lo has oido jóven obcecada," dijo el Gobernador: "esa Mora te condena con su relato, pues el retroceso de tu opinion, despues que te decidiste á seguir las banderas del Profeta, es un crímen que la misma muerte no es bastante á castigarlo; piensa por un momento la fatalidad de tu suerte, y repara tu error con una declaracion franca y decisiva." La Mahometana se marchó, y la jóven Hebrea fué conducida por el Gobernador mismo á la estancia de su muger y de sus nueras, á quienes se encargó la tratasen con dulzura y conquistasen su corazon á todo trance.

Aquí dejaremos por un momento á la afligida Sol, para contemplar un poco sobre el estado en que se hallaban sus padres con su ausencia. Habíala visto partir su madre hácia la

casa del Gobernador con el esbirro Mahometano, sin haber podido comprehender la causa que lo habia motivado. Llena de sobresalto y de una violenta agitacion, corre á buscar á su marido Haim, y le cuenta todo el suceso. El desprevenido Hebreo se sorprehende y prorrumpe en esclamaciones de furor: las dudas, las sospechas y la incertidumbre, le emponzoñan; quiere reconvenir á Simha, y mas de una vez le habria devorado segun lo indicaban sus miradas terribles y amenazadoras; discurre de una á otra parte con cierto frenesí espantoso; pero en váno intenta penetrar aquel arcano. Marcha, acompañado de su muger, á la casa de la fingida Mora; le hace una y mil preguntas; pero las contestaciones son evasivas y misteriosas: algunas réplicas, acompañadas de un tono amenazador, le

hacen á la Mahometana escapar espresiones que descubren el arcano; el Hebreo comprehende su significado; calla por un momento; ase de la mano á su muger, y se retira á su casa como la fiera embravezida á quien el cazador hiriera en la espesura de los bosques.

"Tu eres la causa del dolor que en este instante me devora," decia el Hebreo á su muger con vehemencia: "tu hija Sol, aquella hija cuya vista templaba mis pesares y formaba las delicias de mi vida, sabe Dios si la volveré á estrechar entre mis brazos: la amistad de esa Mora Tahra de Mesmudi, de esa Mahometana infiel, aleve y traidora, ha pervertida su corazon y la ha hecho arrojarse en los brazos de la impiedad: tu genio áspero, duro y severo, la ha precipitado al estremo de verse precisada á buscar alhagos en el

corazon de un tigre: ve las consecuencias de la imprevision. Una madre que sabe serlo, debe ejercer á la vez con sus hijas el título de amiga; ninguna otra con mejores derechos puede y debe desempeñar este papel importante de la juventud. Esplorar sus inclinaciones con alhagos, refrenar sus demasías con caricias, neutralizar los arranques de las juveniles pasiones con dulces y persuasivos consejos, formar su corazon con el egemplo edificante, y deferir con blandura á los pasatiempos inocentes á que propenden los pocos años por un instinto de la naturaleza; hé aquí el deber sagrado de una madre. Pero ese sistema de rigor, ese plan de severidad contínuo que has egercido sobre tu hija, la han hecho alejar de tí su confianza: tu has labrado su desdicha, y mi infelicidad y la tuya á un mismo tiempo:

corramos á salvarla sin detenernos.... tu hija, mi hermosa Sol, tal vez á estas horas ya será Mora.... !!" "¡Mora mi hija...." esclamó aterrada Simha: " no vean mis ojos semejante desgracia.... !!!" y cayó desmayada en los brazos de Haim Hachuel.

Tierno é interesante espectáculo ofrecia á la vista del observador reflecsivo, el estado de sentimiento en que se hallaban los dos esposos Hebreos considerando las desgracias de su querida Sol; y, dejándolos por un poco tiempo que templen sus pesares, y convengan en los medios de salvar á su hija, bolbamos á ésta que se hallaba en la casa del Gobernador, cercada de las primeras damas y Señoras de aquella poblacion. Todas, con un esmero indecible, se habian dedicado á lisongear á la Hebrea, presentándole

á su vista las riquezas de aquel palacio. "Tu," la decian, " por tu hermosura, afabilidad y modestia, poseerás algun dia en mayor número y cantidad otras grandezas. Un Arabe gallardo, rico, poderoso y enamorado como el amor, unirá su mano á la tuya, y cien esclavos bajarán su cerviz á tus deseos. Las preciosidades del Africa y el Asia vendrán á deleitar tu imaginacion; y hasta las mas estrañas aves de las regiones lejanas, cantarán en unísonos trinos los acentos de tu dicha. Abraza, amable jóven, los dogmas del Profeta: él nos inspira, desde la mansion de los eternos placeres, para que te revelemos las verdades de su profecía; el grande Alá te mira con cierta sonrisa, porque lee en tu corazon tu ánimo decidido: recibe estos diamantes (alargándole una porcion de ellos) cuyo brillo es obscuro al lado de tus ojos; Sol, her-

mosa Sol, no desoigas la eficacia de la compasion y la ternura, y vuelve la vista hácia aquel albo vestido guarnecido de rosas y empedrado de brillantes estrellas, que te está preparado para el momento de tu decision dichosa. Pero no respondes.... lloras sin cesar.... rehusas mis ofertas.... te palpita el corazon.... los suspiros te ahogan.... ¡desgraciada de tí, si ecsasperas al sufrimiento, y apuras á la consideracion y al cariño.... ! ! "

Estos y otros razonamientos fueron los que mediaron entre la muger, nueras y damas del Gobernador, por espacio de tres dias consecutivos que permaneció en el palacio; pero la hermosa Sol, entregada al sentimiento y á las lágrimas, solo se acordaba de sus padres y hermano. "Jamás," decia, "cambiaré la humilde toca que mi clase

ciñera á la cabeza, por ese opulento turbante que me ofrecen; nunca abandonaré á mi Dios; nunca dejaré sus ritos; la creencia de mis padres, sus usos y costumbres, impresos en mi alma; me llenan de esperanza y de consuelo. La primera educacion no la borran ni el oro ni los deleites; ella forma una Ley mas dura que el corazon de un diamante; la muerte tendrá imperio sobre mi vida, pero no obscurecerá mis buenas acciones.... ¡Dios mio! favorecer á un ser animado que antes sucumbiera á la cuchilla de un verdugo, que dejar de ser Hebrea." Esta resolucion decisiva, que pronunció con un valor admirable ánte la Gobernadora y sus damas, humilló el orgullo de las Mahometanas en tales términos, que corrieron presurosas á la estancia del Gobernador á darle cuenta, con no poco enojo, de su negativa.

Arbi Esido la hace conducir á su presencia, le reprehende su orgullosa decision, le manifiesta los riesgos á que se espone, y trata de nuevo de conquistar su voluntad, ya por caricias, ya por nuevas ofertas, ya por rigor. La Hebrea rehusa los alhagos, desprecia las dádivas, y desafia á la muerte. "Te cargaré de cadenas," le decia el Gobernador; "haré que te despedazen las fieras; no verás mas la luz del dia; morirás de hambre, y esperimentarás los rigores de mi saña é indignacion, por haber provocado la cólera del Profeta." "Yo," le contestaba la Hebrea, "sufriré tranquila el peso de tus cadenas; entregaré mis miembros á las fieras; renunciaré para siempre á la luz del dia; moriré de hambre; y, cuando todos los males de la vida me afijan por tu mandato, me reiré de tu indignacion y de la cólera de tu Profeta; porque, no habiendo podido, ni tu ni él, vencer á una débil muger, son bien claros los ningunos auspicios que teneis del cielo, para adquirir prosélitos de vuestra religion. . . ." "Blasfemia atroz," esclamó el Gobernador irritado; "tu has profanado los nombres mas sagrados que yo venero; tu eres indigna de mi consideracion; te sepultaré en los mas reconditos calabozos, y con la risa del placer, veré cual bebes en la copa de la amargura. Llevar á esta Judía," dijo á sus guardias y esbirros, "á la prision. . . . pruebe en el sitio mas asqueroso de ella, los efectos de mi enojo;" y, volviendo la espalda, centellándole los ojos, dejó entregada la víctima á sus opresores para conducirla al calabozo.

Es la Alcazaba un Castillo, situado en una pequeña eminencia que se halla

en la estremidad de la poblacion, donde se ponen los delincuentes, á cuyo sitio fué conducida la desgraciada Sol; pero los soldados la llevaron despues á otro lugar destinado para la reclusion de las mugeres, en donde habia un pequeño encierro sucio y hediondo con una escasa respiracion que daba á la calle. En este punto fué colocada la Hebrea, que apenas podia estar en pie. Sus padres que en el transcurso de los tres dias que habia estado en la casa del Gobernador, no cesaron de vigilar cuantas ocurrencias sucedieron, tubieron noticia de haber sido llevada á la Alcazaba, y despues á la Cárcel.

La noche principiaba con su velo oscuro á cubrir todo el orizonte, cuando Haim Hachuel y su muger Simha se encaminaron á la prision. Su vista anhelosa devoraba aquel edificio, y por

entre un globo de tinieblas vislumbraron al objeto de sus entrañas. Era la hermosa Sol que estaba asida á los duros hierros de la reja que cubria aquella pequeña ventana: sus manos, mas blancas que la nieve, resaltaban, como un limpio lienzo, sobre la tez ennegrecida de Guinea. Un silencio sepulcral reinaba en todo aquel recinto; solo con intérvalo de algunos instantes se percibian confusos, los mas penetrantes y doloridos suspiros de un ser que respiraba con dificultad. "Ella es," dijo Simha toda conmovida; "aprocsimémonos sin pérdida de momento, y estrechemos sus manos contra nuestro corazon." Este último acento lo oyó la desgraciada prisionera, y, sin reparar en que podia ser oida y observada, esclama con voz penetrante y dolorida: "Madre mia, venid á ser testigo de mi arrepentimiento." Haim

Hachuel y su esposa se precipitan con la velocidad del viento sobre la funesta reja, asen las manos de su desgraciada hija, ésta coje las de los autores de sus dias, y mútuamente las bañan en lágrimas, sin que por algunos minutos pudieran hablarse.

Figúrate, lector, que cuadro tan tierno y sentimental representarian aquellas tres víctimas, enlazados sus corazones por medio del dolor y del remordimiento, y que lenguaje tan eficaz no indicaba su silencio. La pluma mas diestra no seria capaz de describir con propiedad aquel acto sorprehendente. Sol, la hermosa Sol, cubierta de un sudor frio, apenas osaba separar su boca de la mano de su madre; ésta y su marido estrechaban contra su pecho la de su querida hija; todos se deshacian en lágrimas;

pero los hierros fatales de aquella cruel mazmorra impedian otras demostraciones de amor y cariño que suplian los deseos del corazon. Al cabo de un pequeño rato, la jóven prisionera prorrumpió en estas balbucientes palabras: " Padre mio, madre de mi alma, nada me ha sido mas cruel que la idea devoradora del sentimiento en que os consideraba; mis penas no me han agitado tanto, como la memoria de las vuestras, y en este instante olvido cuanto he sufrido, por tal de estrechar contra mi pecho vuestras manos. Yo soy la delincuente en este suceso, la criminal, la que debo sufrirlo todo, la que está resuelta á lavar mis faltas á costa de mi sangre. Calmad vuestro pesar; vean mis ojos, aunque sea por un momento, tranquilos vuestros semblantes; y confiemos todos en que el

Dios de Abraham no abandonará nuestra causa."

Estas espresiones de fortaleza y de consuelo que la jóven dirigia á sus padres, templaron en cierto modo los pesares que los tenian angustiosos, y motivaron entre ellos el diálogo mas tierno y lamentable. Sol refirió cuanto le habia ocurrido desde que salió de su casa, sin omitir el mas ligero accidente; y sus palabras, cortadas con profundos suspiros, daban á la escena el aspecto mas animado. Los padres en el interin, no hacian mas que derramar lágrimas sin consuelo, y contemplar la situacion angustiosa de aquella inocente víctima. "Y bien, querida hija," la decian, "¿que piensas hacer? ¿Te resuelves por fin á abrazar la ley Mahometana. . . . ?"—"Jamás, padres mios," les contestó: "yo veo

que mis padecimientos son un castigo visible del cielo por mis pecados; cuando medito, oigo una voz confusa dentro de mí misma que me dice: 'Sol, Sol, tu faltaste á los deberes de una buena hija; no tuviste toda la templanza necesaria para sufrir con resignacion aquellos momentos de mal humor de tu madre; abrigaste deseos de emanciparte de su dominio; fuiste á mendigar la amistad de una Mora para labrar tu desdicha; sufre pues las consecuencias de tales escesos.' Estas y otras cosas oigo dentro de mí misma; pero al mismo tiempo, padres mios, me advierto inspirada de un valor y resolucion sobrenaturales para resistir todos los reveses de mi desgracia; quiero lavar, aunque sea con mi propia sangre, mis faltas; y deseo dar un ejemplo á la juventud de mi arrepentimiento: hé aquí mi resolucion."

A tal punto habian llegado los razonamientos de la presa y sus padres, cuando notaron que el rechinante hierro de los cerrojos indicaba la aprocsimacion de algun viviente á aquella morada de la amargura; con presteza desenlazaron sus manos, y convinieron volverse á ver en la noche siguiente, alejándose llenos del mayor conflicto los contristados esposos. Esta separacion súbita la hicieron todos tres, por el temor que tenian de ser vistos, y que pudieran ser privados de aquel consuelo; y en efecto no se equivocaron, pues la que abrió la puerta del encierro, era la Mora carcelera que venia á intimar á la hermosa Sol la órden que se le habia dado de privarla de toda comunicacion, y la tratase con la mayor dureza. Tranquila y sin alterarse oyó aquella tiránica disposicion del Gobernador, y, alzando los ojos

al cielo, solo pronunció estas palabras. "Yo, Señor, respetaré siempre tus altas disposiciones." La carcelera se retiró toda conmovida, y la jóven Hebrea, arrodillada, se entregó á la mas edificante contemplacion.

Aquella noche fué una de las mas terribles que sufrieron el pobre Haim Hachuel y su muger, pues, en el momento de retirarse de la cárcel, contaron todo lo sucedido á su hijo Ysajar. Este sin dilacion pasó á la prision y procuró conquistar con dádivas á la Mora carcelera, á la que, no con poca dificultad, logró interesar en la desgracia de su hermana; pero al fin consiguió de aquella, que tolerara la pudiesen ver y hablar en el silencio de la obscuridad por aquel respiradero del calabozo; y esta gracia que alcanzó el oro, la comunicó inmediatamente á sus

padres. El dolor que éstos sufrian era cuasi igual á las congojas que agitaban á la postrada Sol en su fétido encierro; y todos ansiaban por instantes, que la Aurora de la mañana disipase las tinieblas de la noche.

Jamás el astro de la luz describió su órbita mas lentamente que aquel dia largo como un siglo, y cuyas horas se asemejaban á la distancia de muchos años: tal era la impaciencia que esperimentaban los perseguidos por la fatalidad. Pero, como todo tiene término en este mundo, llegó la noche, y los afligidos padres y hermano lograron segunda vez disfrutar del consuelo de ver su pálido rostro. Nuevos y variados coloquios de ternura y sensibilidad tuvieron lugar en esta conferencia; las lágrimas, los suspiros y todos cuantos actos pueden

inspirar el amor y la compasion, se representaban á cada momento en aquella escena de dolor; pero las horas de la noche pasaban con tanta rapidez como fueron largas las del dia, y habia de llegar la de su fatal separacion.

Terminóse por fin el acto de la conferencia, porque la Mora carcelera avisó era tiempo de apartarse de aquel sitio. Aquí es inesplicable describir el esceso del sentimiento que sufrian los padres y hermanos: solo los que han amado, los que son padres y han sentido despedazarse sus entrañas, pueden transportarse por un momento á este acto de escesivo dolor. Siguió el resto de la noche, que con el dia, fué todo de pesar y amargura. Haim Hachuel buscó varios conocidos que esplorasen el ánimo é intencion del

Gobernador; pero todos le encontraban furioso cuando le recordaban el suceso de la Hebrea, y temian á sus bárbaras determinaciones. Tales noticias afligian mas y mas el corazon del angustiado padre, y su imaginacion en vano se cansaba para buscar remedios que pudieran salvar á su hija. "Desgraciados son los hombres," decia, "á quien la casualidad ha condenado á vivir en este pais de desventura. Nosotros que, del mero hecho de ser Hebreos, nos tratan como esclavos, nos mofan, y aun se reusan de vivir con nosotros en un mismo barrio, como sucede en Tetuan; ¿que felicidad podremos tener en medio de esta desventura. . . . ? (*) Solo en esta parte

(*) Los Hebreos son en efecto maltratados de los Moros en esta parte del Africa. El fanatismo por su religion los hace co-

del mundo es en donde los Hebreos son tratados con un rigor indecible. En Francia, Inglaterra, Italia y otros puntos que he recorrido, disfrutan de las consideraciones debidas á los hombres que están sometidos á las leyes del pais, y las cumplen como los demás ciudadanos; pero en Berbería no es así: aquí nos apalean, nos insultan, nos desprecian, y nos juzgan como de diferente especie que los demás.... ¿A quien apelaré, pues, para salvar á mi querida hija....? Moysés, Moysés, vé al pueblo escogido cual arrastra la cadena de la servidumbre; mira á

meter mil ridiculeces impropias de la humanidad; y sucede muy frecuente que el Hebreo que, veinte varas antes de pasar por una Mezquita, no se quita los zapatos, le hacen dar doscientos palos en las plantas de los pies, ú otros castigos semejantes.

los descendientes de Jacob maltratados por los sectarios del falso Profeta; ya es tiempo que se cumplan las predicciones en que fundamos nuestra fé, y llegue el dia en que acabe de suspirar el pueblo errante de Israel que, á pesar de las visisitudes de los siglos, ha permanecido fiel á tu Ley."

Hé aquí como discurria el afligido Hebreo Haim, cuando no alcanzaba ningun medio para salvar á su hija; pero ya se aprocsimaba la noche, y se disponia con su familia á repetir la visita á la desconsolada Sol. Un presentimiento funesto le tenia inquieto; mil veces le repetia á su muger: "Temo un cúmulo de desgracias, cuyo tamaño es superior á mi comprehension;" y en efecto no se engañaba en sus predicciones, porque el hado fatal le tenia preparada la mas espantosa

catástrofe. Llegó la hora de la entrevista, y la prisionera impaciente salió á la reja á recibir las bendiciones, caricias y consuelos, de sus padres y hermano, devolviéndoles palabras de fortaleza y de valor. "Yo, padres mios," les decia cariñosa, "aun no he podido reconciliar el sueño; mis miembros empiezan á desfallecer, pero no tanto que no pueda resistir mis penas. Esta noche he tenido instantes de agradables sensaciones. Creí os veia cerca de mí; que vuestros brazos estrechaban mi pecho, y los mios se entretejian con los de mi padre y hermano; pero, arrobada de placer, iba.... mas todas mis ilusiones desaparecian al instante....mi imaginacion solo lo veia.... mis deseos me alucinaban.... pues no encontraba á nadie despues....."—"Precisamente, mi querida Sol," le decia su madre, "de-

berias estar soñando ? "—"No señora," le contestó, "estaba despierta; me acuerdo que veia muy bien aquella estrella reluciente que se descubre en aquel punto del Firmamento : á su alrededor otras mas pequeñas parecian moverse y rotar como una danza de jóvenes ; me acordaba entonces, cuando yo con otras de pocos años, jugábamos del mismo modo ; veia á mi querido padre imponernos silencio, porque perturbábamos con nuestras voces y algazara el sueño de los vecinos ; os veia á vos, madre mia, cuando reprendiais mi desenvoltura, y me pareciais mas hermosa que la azuzena ; pero todo era un momento.... todo un instante.... "—"Ay, mi querida Sol.... has pensado en resolver sobre tu futura suerte.... ? ¿Te has decidido á salir de este hediondo y fétido calabozo.... ? "—"No he pensado nada sobre esa materia, madre mia ; estoy resuelta á no desistir de mi propósito. Si la tiranía se nutre con ver sufrir á sus víctimas, y se goza en las penalidades de los seres que oprime, éstos, entre el dolor y la desventura, tambien tienen sus gozes.... y aun mas deliciosos de lo que parece á primera vista.... "—"Tu deliras, Sol," esclamó su madre : "¿que placeres puede esperimentar el que sufre entre prisiones.... ? "—"Si señora, madre mia ; goza el deleite de ver humillado el orgullo del déspota á quien su vara férrea no le basta para conseguir lo que quiere ; goza ver en su semblante los signos de su desesperacion interior ; oye crujir sus articulaciones como el edificio que se desploma por lo debilidad de sus cimientos.... ¿y esto no es gozar entre os pesares.... ? Comparad ahora

quien reporta mas gloria, si el Tirano que oprime y queda vencido, ó el oprimido que, aunque sea á costa de su vida, sale vencedor....”

Tal contestacion dejó atónitos y admirados á sus padres. “Hágase la voluntad de Dios,” le dijeron, “mediante á que en sus manos has encomendado tu causa....” y, hablando despues de mil combinaciones y planes que tenian concertados para dulcificar su posicion, y llegada la hora de retirarse, lo hicieron en los mismos términos y con iguales demonstraciones que en las anteriores noches.

El Gobernador Arbi Esido, no habia olvidado un instante á la jóven Hebrea; todos los dias procuró inquirir el estado de abatimiento en que se hallaba; y, al cabo de los tres de

estar encerrada, la hizo pasar un recado de su órden, para que manifestase si se hallaba conforme para abrazar la Ley del Profeta. Fué el portador de esta embajada uno de sus secretarios, el que, habiendo entrado en la prision, no pudo menos de sorprehenderse al ver la hermosura de aquella jóven. Hizo á ésta varias preguntas sobre su estado, y todas fueron contestadas con amabilidad y modestia; pero, cuando manifestó ser Secretario del Gobernador, y que iba en su nombre, á saber si se hallaba decidida á tornarse Mora; tomando la prisionera una actitud y posicion imponente, mudando de semblante y representando en todas sus acciones la actitud mas significativa de su enojo, le dirigió la palabra en estos términos: “Decid al Gobernador de mi parte, que, si no está satisfecho con lo que me ha hecho sufrir; invente

tormentos; que la Hebrea Sol los recibirá como un castigo del cielo por sus pecados; pero hacerse Mora.... jamás...." y, haciendo una genuflecsion, volvió la espalda hácia otra parte.

El Secretario quedó pálido como la cera, y se salió con la mayor presteza del calabozo. Marcha no poco confuso, y aun con su amor propio humillado, á la casa del Gobernador á quien dió cuenta de la contestacion de la Hebrea; y éste, furioso como un tigre, dispone que se le cargue de cadenas. No tardó mucho tiempo en ejecutarse aquel tiránico mandato, pues los satélites del despotismo se gozan en la crueldad.

La hermosa Sol es sacada de aquel encierro, y colocada en un subterráneo

húmedo, sin ventilacion y mas obscuro que una noche tenebrosa: en su blanca y torneada garganta, se pone una argolla de hierro, de la que salian cuatro eslabonadas cadenas que aprisionan sus pies y manos: el peso del grosero metal no la permite permanecer en pie; el duro suelo es su lecho, y sobre él principian á descansar sus atormentados miembros.... Triste y angustiada es por cierto la soledad en que se queda aquel ángel de la virtud; pero nada le abate ni le acobarda. "Este silencio," decia, "debe asemejarse al que precede á la muerte; yo, entre la obscuridad y los tormentos, veo la imágen de un Dios que mira mis pensamientos y embalsama mi corazon con recuerdos de dulzura; veo una cosa que no tiene figura, pero que es mas hermosa que todo lo que he visto en mi vida; parece que me habla, pero

no percibo su palabra; solo un eco, que no es tampoco eco, penetra dentro de mí y arrebata mi espíritu hácia una region que domina á todo el mundo; veo inmensidad de seres, que no son seres, que se postran ánte la majestad de su presencia: el sol, la tierra, las estrellas, los hombres, los animales, los árboles, la misma mar; reciben sus órdenes y modulan sus movimientos por su permiso; él está en todas partes, pero en ninguna se deja ver sino por la escelencia de sus admirables obras; él me acompaña en esta mansion, no hay duda.... se halla á mi lado; ha impuesto silencio hasta á los reptiles que la habitan, para que no turben mis contemplaciones..... ¡Miserable Gobernador....! yo no temo á tu poder ni á tus tormentos..... el Dios de la naturaleza que sabe mi

inocencia, vengará algun dia tus crueles disposiciones."

En el interin que la meditabunda Hebrea se ocupaba, llena de un valor heróico, en sus reflecsiones morales, sus padres que habian sabido la novedad, renovaron las diligencias para buscar personas que ablandasen el *diamantino* corazon del Gobernador. Ya eran pasados algunos dias que la desgraciada Hebrea gemia entre cadenas, cuando los paternales ruegos de Haim Hachuel consiguieron encontrar acogida en los compasivos oidos de Don José Rico, Vizcónsul Español, que á la sazon desempeñaba el Consulado de Tánger (*). Este hombre sensible, movido por los cla-

(*) En el dia se halla este empleado en el Puerto de Santa María.

mores de la humanidad afligida, quiso ejercer un acto de filantropía. Interpuso sus respetos con el Gobernador para que suavizara los padecimientos de la jóven Hebrea, ó se apartara, si posible le era, de aquel negocio en el que estaba fija la atencion pública. Tales razonamientos le hizo, y con tanto empeño se mostró, que Arbi Esido habria condescendido, si el conocimiento de la causa de la desgraciada Sol hubiera estado en solo su arbitrio; pero con la mayor cortesanía le hizo presente, que habia dado cuenta al Emperador, y esperaba por momentos sus órdenes.

Esta circunstancia hizo poner de peor condicion aquel negocio, y obstruyó los medios de facilitar consuelos á la que, impasible, miraba la muerte como el remedio de sus

males. En efecto, pasaron muy pocos dias que llegó un correo con pliegos del Emperador, y en uno determinaba que fuese conducida á Fez inmediatamente la encadenada Hebrea. Un resultado tan inesperado y desagradable, puso en consternacion á cuantos supieron el suceso; y tanto los Moros como los Judíos, mostraban ya un interés estraordinario por conservar la ecsistencia de Sol; pero la órden fatal habia llegado, y no habia mas remedio que cumplirla con prontitud. El Gobernador hace llamar á Haim Hachuel, y le comunica el precepto del Emperador; le dice que en la mañana siguiente ha de partir su hija para la Corte; que es necesario y sin remedio haga entrega, dentro de dos horas, de cuarenta duros que importaban los gastos de aquella

conduccion (*). El afligido padre, todo trémulo y conmovido, llora aquella determinacion como su postrera desgracia; pero la ferocidad de su tirano no dió la menor muestra de compasion. Protesta hallarse sin posibilidad de reunir aquella suma en el corto espacio que se le señalaba; mas se le repite la órden; se le manda su cumplimiento ecsacto y puntual; y se le apercibe que, pasado un momento del plazo, se le darian quinientos palos.

El desventurado Hebreo se resigna á cumplir de cualquier modo, el pre-

(*) Es costumbre entre los Moros, que al que reputan como reo, ó su familia, pague los gastos del proceso con todas sus incidencias. Se condena á uno á sufrir cien palos; y despues que los recibe, tiene que pagar al verdugo lo que éste le ecsige por habérselos dado.

cepto del Gobernador; pero le suplica de rodillas, que, pues no habia remedio en que su desgraciada hija dejara de partir al dia siguiente, le permitiera fuese en su compañía. "Te lo prohibo bajo pena de la vida," le contestó el orgulloso Arabe; "ni tu, ni ninguno de tu familia, ni ningun Hebreo osará marchar delante ni detrás de esa impía en diez leguas de distancia." Así lo pronunció con altanero tono, y arrojó de su presencia al mas atribulado de los padres.

Iba Haim Hachuel regando las calles con sus lágrimas, y haciendo estremecer la tierra con sus supiros; marchaba sin direccion, porque, embarazados sus sentidos por el pesar y el sentimiento, apenas discurria sobre lo que le convendria hacer en su crítica y apurada situacion. Todo el pueblo lo paseó

maquinalmente, escitando su presencia las mas vehementes impresiones de dolor; y como por casualidad Haim Hachuel dirigió sus pasos hácia la casa del Vizcónsul Español. Como este empleado tenia antecedentes del suceso, y viese al Hebreo en aquel estado de abatimiento, le preguntó la nueva causa que tenia para ello; y entónces el inconsolable padre le refirió minuciosamente lo que le habia sucedido con el Gobernador, los palos de que se hallaba amenazado, y la imposibilidad física y moral que tocaba en reunir la cantidad pedida dentro de un plazo tan limitado; pero, sobre todo, nada le angustiaba tanto como la partida de su hija, y no permitirle que la acompañase.

Esto produjo inmensidad de reflecsiones de una y otra parte; pero, de

cuantas se procuraron hacer, ninguna templaba los miedos y temores del Hebreo, corriendo los minutos y estando para espirar el fatal término de las dos horas. Viendo pues el Vizcónsul que, en aflicciones de aquella especie, los razonamientos y las consolatorias vervales rara vez pueden por sí solas templar los males que las producen, se resolvió á ejercitar su compasion con obras que escitan la gratitud y recuerdan eternamente su memoria.

"No es tiempo de perder los instantes con palabras," le dijo á Haim Hachuel, "mas ó menos adornadas con figuras rectóricas; ésta es (entregándole un bolsillo) la cantidad que puede salvarte de los quinientos palos de que te hallas amenazado; corre con precipitacion y entrégala, que, si sabes

apreciar el mérito de mi obra, tu no estarás tardo en devolvérmela." El Hebreo quiso arrojarse á sus pies para tributarle el homenaje de su agradecimiento; pero el Vizcónsul no se lo permitió, estimulándole á que marchase sin descuido á hacer la entrega de ella. Así lo verificó inmediatamente, y, cumplido aquel mandato, se fué á disponer en su casa, en combinacion de otros amigos, una persona que á lo lejos pudiera seguir á su hija y no la perdiera de vista.

Mil dificultades hubo para encontrar un hombre que se arriesgase á desempeñar esta mision peligrosa, mucho mas cuando el Gobernador lo habia prohibido tan espresamente; pero, sin embargo de ello, no faltó un Hebreo, poco conocido en el pais, que aceptó el cargo, fué habilitado de dinero, y

se dispuso á marchar. En el interin que se hacian estos preparativos por Haim Hachuel y su hijo, la pobre Simha se hallaba postrada en cama; pero, instruida de la marcha de su querida Sol, se apercibia á verla partir desde un sitio oculto para despedirse de ella, aunque no fuese mas que con la vista. Todo el resto del dia y su noche fueron momentos de angustia y tribulacion, no solo para los padres y hermano de Sol, sino para otras personas de la familia que se asociaron á ellos para tomar una parte en sus sentimientos; mas la desgraciada víctima, á quien se comunicó la funesta determinacion de su partida á media noche, la oyó con presencia inalterable, y solo con un suspiro profundísimo demostró haber quedado enterada. ¡Terrible situacion....!!

Fué llegada una hora antes del Alba, que era la que estaba señalada para marchar. Presentóse en la puerta de la cárcel un Moro mulato, mas horrible que el pecado, trayendo de las bridas dos ligeras mulas. Al poco rato llegaron tambien cinco soldados que habian de formar la escolta; y, luego que estuvieron reunidos todos, y conferenciaron entre sí; el mulato, comisionado de la ejecucion de aquel encargo, picó la puerta de la cárcel y entró en ella á sacar á la jóven aprisionada. Sus padres, hermano y otras personas, se habian colocado á cierta distancia, desde la que no pudieran ser advertidos, para presenciar aquel acto de amargura; pero era necesario ahogar los clamores y suspiros para no ser descubiertos, y en el silencio del corazon sentir con esceso aquella catástrofe espantosa.

Todos tenian fija su atencion por el sitio en que habia de salir la víctima. La claridad de la mañana dejaba distinguir los objetos, y al poco tiempo se presentó el que esperaban, cuya vista hizo tanta impresion en Simha que cayó desmayada en los brazos de su esposo é hijo. Era Sol, que salia con paso trémulo y detenido, apoyada en el horrible mulato: su rostro un poco pálido; sus ojos negos de azabache vivos y animados, recorrieron momentáneamente todo aquel recinto; recojidos los cabellos, los cubria con una toca blanca colocada sobre su cabeza, con humilde y graciosa invencion: llevaba un vestido azul oscuro que hacia resaltar la hermosura de sus interesantes facciones, y daba á su presencia un aspecto serio é imponente. Aprisionados sus delicados pies por unos pesados grillos, apenas podia

moverse: todo era patético y sentimental en aquella escena muda, imposible de describir con la propiedad que sucedió, y en donde el eco penetrante de los suspiros era el lenguaje no interrumpido de aquel drama tan terrible.

El mulato principia á tender unas cuerdas sobre la cabalgadura, y á disponer ésta para colocar en ella á la víctima; en el interin la hermosa Sol, como si advirtiera el sitio hácia donde se hallaban sus compungidos padres, se vuelve de frente hácia ellos, ruega á uno de los soldados le ayude á ponerse de rodillas, coloca sus manos unidas sobre el pecho, alza la vista al cielo y esclama toda conmovida: "Dios de Abraham: vos que sois testigo de mi inocencia y veis mi corazon, recibid el sacrificio que hago de abandonar

la tierra que me vió nacer, á mis padres, á mi hermano y á mis parientes: consolarlos en mi ausencia; fortalecer su espíritu y no abandoneis á esta deventurada criatura, para que, perseverando siempre en vos, pueda ser dichosa uniéndose algun dia en la mansion de los justos con los bienaventurados que elegís para vuestra mayor gloria y grandeza." Quedó por pocos momentos en una estásis contemplativa, hasta que por el mulato fué avisada de que era tiempo de colocarse en la cabalgadura, levantándola de un modo brutal y sin consideracion.

El hombre de corazon mas duro se habria comprimido al presenciar aquel acto tan sensible. Sol es sentada subitamente sobre la mula; sus dos pies engrillados son además asidos con una fuerte cuerda que aprisiona sus manos

y contusa sus delicadas carnes: mil vueltas y revueltas enredan su cuerpo con el áspero cordel á los aparejos de la mansa bestia; el fiero mulato aprieta sus lazos, y se deleytaba en hacer estremecer de dolor á aquella víctima de la constancia; mas ella no pronunció un solo ay, no dió un solo quejido, no alteró su semblante grave y compasivo; solo miraba con atencion las acciones de quien la oprimia. Los soldados embrazan sus armas habiendo guardado el mas contemplativo silencio, sin desviar la vista de la jóven prisionera; el mulato ocupa la silla de su bagaje, llevando del diestro el de la Hebrea; y, agitando un poco la espuela, se emprende la marcha, en cuyo acto la hermosa Sol, da un penetrante alarido y esclama: "A Dios para siempre, patria mia.... á Dios.... á Dios...."

y se alejaron con velocidad por el camino de Fez.

Si los indiferentes sintieron sensaciones que los hicieron derramar lágrimas á la vista de aquella escena, ¿cual sería el estado de afectacion en que se encontrarian sus padres y parientes que fueron testigos de tamaña ocurrencia? Allí se apuraron todos los actos de ternura, del amor y del sufrimiento; baste decir, que Haim Hachuel, su muger y su hijo Ysajar, no pudiendo hacerse superiores á la fuerza de aquellas impresiones que hizo en su ánimo la despedida de la heróyca Sol, cuando de rodillas dirigia al cielo sus fervientes súplicas; la siguieron con los ojos semejantes á los ojos de un espectro; fueron á lanzar gritos de dolor, y las palabras se helaron en sus lábios; parecia que una

mano de hierro, hecha fuego, les apretaba la garganta y oprimia los pulmones; levantaron los ojos sin lágrimas al Firmamento, y aquel hermoso cielo del Africa, puro y transparente como una bóveda de cristal azul, era para ellos una techumbre de plomo en que rodaba un globo de sangre, pues tal les parecia el hermoso Sol de los trópicos: con manos convulsas mesaron sus cabellos, rasgaron sus vestidos y cayeron sin sentido en tierra. Sus parientes y amigos que los acompañaban, los llevaron ecsánimes á su casa, y, á fuerza de esencias y confortativos consiguieron hacerlos volver en sí.... ¿Pero para que tornaron á la vida....? Para mas sentir, mas llorar, y abandonarse en los brazos del mas tierno dolor que los habria de devorar hasta los últimos instantes de su ecsistencia.

La hermosa Sol caminaba en los términos que dejamos descritos, alejándose por momentos de su suelo natal, sin que desplegase su lengua para quejarse. Ya llevarian andadas como unas tres millas, cuando les salió al encuentro, y como por una casualidad, un hombre que procuró unirse con los viajeros. Este era aquel Hebreo, desconocido como tal en el pais, que habia tomado á su cargo no perder de vista en su marcha á la angustiada Sol. Trabó conversacion con los soldados, haciendo como que nada sabia; mas éstos le refirieron el motivo por que llevaban presa á aquella jóven, y le contaron cuantas particularidades habian ocurrido en la poblacion. Entónces el sagaz Hebreo, para adquirir la confianza de los conductores, dirigió algunas palabras á la prisionera, dándole á entender que

debia hacerse Mora y abrazar la Ley del Profeta, segun él lo habia hecho. Sol lo oyó con mucha tranquilidad sin darle contestacion alguna; pero, en un descuido de la escolta, logró llamarle la atencion, hacerle señas, y significarle, que allí iba para su socorro. La víctima comprehendió inmediatamente el objeto de aquel caminante; y ya desde entónces lo miraba con cierta atencion, y á hurtadillas de los que la guardaban.

Seis dias consecutivos hicieron de camino para llegar á Fez, parando de noche en diversos puntos. Los que veian la presa, preguntaban la causa de su situacion; y, cuando eran instruidos de ella, la ecsortaban casi con súplicas á que se volviera Mora; mas ella oía con indiferente modestia las peroraciones que le dirigian, y á todas

contestaba hallarse resuelta al sacrificio de su vida antes que cambiar de dogma. Semejante valor escitaba la admiracion de cuantos la hablaban, y no habia uno solo que dejara de conmoverse á su presencia. El Hebreo que acompañaba á la escolta, y que pretestó ir á Fez á asuntos de comercio, pudo lograr hablar á Sol y comunicarle su comision con reserva: la dijo que á su padre y familia le habia sido prohibido salir de Tánger, y que él habia tomado aquel disfraz y lenguaje por poder desempeñar mejor su cometido. De todo se instruyó la jóven prisionera, y solo encargó al desconocido Hebreo dijese á sus padres, que no los olvidaba ni un solo instante, sintiendo mas las penas que padecerian por ella, que las que esperimentaba en sí misma.

Llegó el dia, en fin, en que habian de entrar en Fez, residencia del Emperador de Marruecos, despues de las inmensas penalidades y sufrimientos que esperimentó en el camino, que se omiten por no alargar esta dolorosa historia, y que pueden muy bien inferirse. Un soldado de la escolta se habia adelantado á dar aviso, y el Emperador dispuso que saliese su hijo al camino con un lucido acompañamiento á recibir á la Hebrea. Así se verificó; y, cuando era mediada la tarde, el Príncipe Imperial, con mas de trescientos de su corte á caballo, salieron al encuentro de la jóven prisionera jugando la pólvora (*), y la condujeron á su propia casa.

(*) Es costumbre de los Marroquís salir á caballo en grande número, y hacer muchos equilibrios, disparar tiros corriendo á toda rienda, y á esto llaman "jugar la pólvora," siendo una de las diversiones en que se ocupa la nobleza; á manera de cuando la nuestra corria las cañas.

El objeto sin duda de esta demostracion fué llamar la atencion de la Hebrea, escitar su curiosidad, y poner delante de su vista aquel número de jóvenes gallardos, engalanados con el brillo del fausto y las riquezas, para doblegar su inclinacion hácia alguno de ellos, y lograr por este medio la apetecida conversion de la renuente jóven; mas sucedió al contrario de lo que se habian figurado. Desde el Príncipe hasta el último de los de su acompañamiento, luego que vieron á la hermosa Sol, habrian deseado hacerla suya, porque la inmensidad de sus gracias, y el mas vivo retrato del amor que brillaba en su semblante modesto y espresivo, no podian causar

indiferencia á los que la contemplasen por un momento; pero ella miró todo aquel aparato como un preludio de su postrera desventura, y, léjos de afectarla alguna de aquellas pasiones que suelen trastornar el sentido de la juventud por una impresion súbita y no precavida; en todas partes donde veía el turbante y brillar la media luna, de allí apartaba inmediatamente sus ojos.

Hospedada en un salon magnífico en donde resaltaba la grandeza y el gusto Arabe, fué rodeada de seis gallardas Moras que vinieron á recibir sus órdenes. Fatigada del cansancio del camino y molestada del polvo, pidió agua para lavarse y una estancia en donde poder reposar. No bien lo habia pronunciado, cuando vió al rededor suyo un servicio brillante de plata que otras jóvenes vestidas de

blanco le ofrecian con respeto y dulzura. Paños finísimos de Holanda, esencias odoríferas de la Arabia, vestidos de diversidad de colores: todo era abundante, esquisito y de gran valor; pero la humilde y abatida Sol apenas hizo uso de lo mas indispensable, sin haber cambiado su traje. Una de aquellas damas que observó este incidente le dijo, que tenia órden de hacerla vestir al uso de su pais, para cuyo fin tenia en un azafate porcion de sayas para que eligiese una. En vano, agradeciendo la oferta, quiso rehusarla, pues fué instada hasta el estremo de obligarla á señalar vestido. Eran muchos y de un gusto singular los que se hallaban preparados; pero la modesta Hebrea señaló uno negro con guarniciones blancas, en significacion del estado melancólico de su corazon; y, despues que le indicaron el

sitio en donde habia de descansar, la dejaron sola.

Todas las damas que habian estado acompañando á la Hebrea, fueron á dar cuenta á las mugeres del Príncipe de la hermosura de la jóven Sol, y de la amabilidad de su carácter. El Emperador vino á la casa de su hijo y se instruyó con estrema curiosidad de todos los accidentes que le contaron, y se gozaba dentro de sí mismo, al oir las alabanzas que todos le prodigaban. Hizo encargos repetidos de que la persuadiesen con dulzura, la tratasen con amabilidad y lisongeasen su vista con lo que mas pudiera agradarla; que queria verla al dia siguiente, y seria para él un hecho que sabria recompensar con munificencia, si lograban presentársela con decision á volverse Mora. Todos ofrecieron al Emperador

y su hijo cumplir sus preceptos con puntualidad, y todos, á porfia, se preparaban á apurar los recursos del arte y de la persuasiva para lograrlo. La bella jóven durmió toda la noche, y, las damas que la observaban, no quisieron alterar su reposo, imponiendo precepto al silencio para no moverse de aquel sitio.

Llegó la mañana; el ruiseñor, la calandria y el volador gilgerillo, anunciaron con sus trinos y gorgeos la salida del astro de la luz; las flores, heridas de los trasparentes rayos matutinos, abrieron sus cálices delicados, ecsalando suavísimos aromas, y perfumando con ellos el pacífico ambiente que se respiraba en la estancia donde residia la Diosa de la virtud. Era una pequeña galería cubierta toda de cristales, circunvalada de grandes y copudos

laureles, cipreses, mirtos y arrayanes, que se entretejian á la vez con el frondoso limonero, y daban lugar á que el pintoresco cinamomo ostentase sus ramos morados y cenicientos por entre el verdor permanente de sus hojas. El jazmin, la malva y el rosal, acavaban de cerrar con sus delgados vástagos, que subian como desafiados á la cima de la cúpula, los pequeños espacios que cubrian con sus blancas y carminadas flores. La campanilla, el alelí y la azuzena, parecian como quejosos de no poder tomar parte en la amalgama de los otros arbustos; pero se señoreaban por encima de la enana violeta, del nardo y de la caracola, que formaban una alfombra matizada sobre el verde cesped del resto de aquel jardin. En el centro de éste se hallaba aquella galería que no pudo menos de haberla inventado el amor, pero que

servia en aquel acto para dar un pasagero descanso á la heroyna de su patria. La hermosa Sol despierta tan tranquila como apacible, se siente conmovida de una agradable emocion al verse tan ingeniosamente colocada en un jardin. Las gorgeadoras y vivarachas avecillas que desde las ramas de los árboles circuian aquel laberinto de las flores, las veía alegre el ángel de la hermosura y aun envidiaba su feliz libertad.

"Quien gozára de vuestra dicha," decia, "aunque fuese á costa de las penalidades que sufris..... pero me equivoco..... no son libres esos pajarillos..... así como esta galería se halla cubierta de flores y de olorosos árboles que el arte ha sabido entretejer, para lisongear los sentidos de un potentado; así esas avecitas se hallan

prisioneras por medio de una fina red de alambre, que les impide separarse de este recinto. Ya no son felices, porque la esclavitud, por mas que se trate de dulcificar, siempre será una calamidad para el universo."

Con sorpresa y admiracion se hallaba la jóven Hebrea en su agradable mansion, contemplando los embelesos del arte y la fuerza del ingenio. Siéntase sobre su lecho, mira y vuelve á mirar aquella galería; y una de las Moras de su cuidado y servicio, al momento que la ve en aquella disposicion, se dirige á ella afectuosamente saludándola. Sol la contesta con cariño, y traban una inocente conversacion sobre el pintoresco cuadro que ofrecia aquella estancia. "Advierto," le dijo la Mora, "que os ha agradado sobre manera esta galería; pero aun

tiene que complaceros mas la vista del jardin que la circunda. Tal vez, hermosa Hebrea, sea esta vuestra habitacion si la deseais, porque mi señor os la concederá al momento que, decidida por la Ley del Profeta, aumenteis el número de los creyentes. Luego que os levanteis vereis el jardin, las grutas artificiales que en el hay, las fuentes de alabastro que disputan su brillo al agua misma que por ellas parece que se dirije en su salto hácia las nubes; los estanques do retozan los pintados pezecillos; vereis los baños murados de preciosos jaspes, y techada su cubierta de finísima concha y nacar; delicados perfumes respirareis por todas partes; y el gusto, el poder y la grandeza, serán el contínuo espectáculo que verán vuestros hermosos ojos. ¿Has visto jamás un prodigio mas sorprehendente que lo que

ahora mismo admira tu atencion? ¡Si tu quisieras, hoy mismo seria todo tuyo....!"

"Yo siento cierta agradable sensacion," dijo la Hebrea, "al considerar los esfuerzos que hace el humano ingenio para imitar á la naturaleza; admiro la destreza del arte; pero echo de menos una cosa en estas obras artificiales...."—"¿Y cual es....?"—"La preferencia de las obras de la naturaleza hasta ahora no imitadas por ningun artista.... Yo ví un bosque en lo mas intrincado de un monte (en un dia de campo en Ezbel Ecbir) (*),

(*) Significa un monte grande que hay en Tánger, donde hay una fuente de agua esquisita que fecundiza un agradable sitio que fué en otro tiempo del Cónsul Americano, á donde concurren los Hebreos á

que lo dividia un pequeño barranquillo por el que corria un arroyuelo: ántes de precipitarse á una sima profunda, fecundaba un prado en el que advertí las mas esquisitas flores de cuantas habia visto jamás; gusté con agrado de la diversidad de frutas silvestres que se encontraban en aquellos monótonos laberintos, y de la sombra de su celebrado castaño, el mayor que se conoce; ví por último un parral que formaba la figura de una cascada; despues sus largos sarmientos enredados con otros árboles, representaban un pirámide de figura circular, rodeado de almenas y torreones que se prolongaban hácia un estremo, y cubrian una senda poco usada por medio de los mas graciosos arcos. La perdiz llamaba á

divertirse en los dias de ochavas, medianos de sus dos pascuas.

sus polluelos, y yo los ví sacudir sus alitas de la tierra en que se revolcaban. La golondrina, en su rápida volada, hacia vibrar las ondas de un pequeño estanque, en donde mil tejederas á la vez danzaban alegres encantando la vista; el viento me traia el azar oloroso de los árboles; y, sentada al pié de éstos, junto al arroyo cristalino, y sobre la verde pradera, allí respiraba un ambiente muy puro; mi corazon no palpitaba, como ahora me sucede; entónces gozaba de las obras de la naturaleza, y ahora no puedo hacerlo en la que ha querido remedar el ingenio, porque, para disfrutarla, se me quiere forzar á que salga de la naturaleza misma."

La Mora conoció la fuerza de la espresion de la jóven Hebrea, y el medio sagaz con qué habia contestado á su

insinuacion; sin embargo, no abandonando su propósito de captarse su voluntad, la hizo mil cariños, la estrechó sus manos con las suyas, y le propuso marchaba á llamar á sus compañeras, para que pudieran oir aquella conversacion y dieran su voto. No tardó mucho tiempo en volver acompañada de las demás damas Moras que en el dia anterior estuvieron á su lado, y tambien con una muy gallarda y de estremada hermosura, que era la muger del hijo del Emperador. Sol, en aquel pequeño espacio que habia intermediado, se habia vestido; de forma que recibió á aquella comitiva en pié con mil demostraciones de afabilidad. Despues que mediaron mil preguntas de como habia pasado la noche, si habia descansado, con las contestaciones que eran consiguientes, suscitó la dama Mora la conversacion que habia tenido

con la Hebrea, y la réplica que ésta le habia hecho respecto á que se le queria forzar á salir de la naturaleza, para disfrutar aquellos jardines. La muger del Príncipe rogó á Sol que esplicase aquel enigma, pues ella se figuraba que, fuera de la naturaleza, no habia nada, y seria una accion cruel obligar á algun ser viviente contrarrestar aquella ley de la divinidad.

"Señora," dijo la Hebrea, "en vos oigo el lenguaje de la verdad, y á vos dirijiré mi contestacion. Nace el leon en la selva, y, ántes de nacer, la naturaleza le imprime su condicion de fiera: aquella es una ley que, si bien la domesticacion puede suavizarla, no la estingue, por mas esfuerzos que acumule el ingenio; el leon siempre será leon.

"Nace la encina en las breñas de

los montes; la mano del hombre quisiera tornarla en alcornoque; y, á pesar de que pertenecen á una misma especie; su raiz, su corazon y la sustancia de que se nutre, siempre tienen todos los accidentes de la encina.

"Nace, sin voluntad propia, el Católico en el pais de la Cristiandad; la educacion que recibe, y las imágenes que se imprimen en su primera edad, forman su corazon; aquello le impone una ley á que somete todo el imperio de su raciocinio; el Católico no podrá ser jamás verdadero Moro.

"Nace, sin voluntad propia, el Hebreo, oyendo de contínuo el elogio del dogma de Moysés; formado su corazon con las doctrinas de su ley, se connaturaliza con los usos y costumbres de sus ritos, sin que su creencia

encuentre otra verdad que aquella que concibió en su juventud: y, por mas que claudique en algunas cosas, su corazon será eternamente Hebreo.

" Nace, sin voluntad propia, el Moro en el pais del Mahometanismo: desde sus primeros arrullos oye resonar ecos de alabanza y de respeto al Alcoran; y, concibiendo la idea de su salvacion en solas las palabras de su Profeta, éste forma su esperanza, su felicidad y su gloria: fuera del libro de su ley, no hay otra ley, y, fuera de su creencia, no hay otra creencia.

" Nace, sin voluntad propia, el Salvaje, lejos de la sociedad; la naturaleza cuida de él como lo hace de los irracionales; apenas conoce, le imprime un carácter y le despierta las ideas; como no ve otros seres que se le asemejen, vacila sobre su propio ser; imita lo que ve y oye; todo lo ignora; pero, en sus penalidades, alza sus ojos al cielo; registra, de noche y dia, aquellas bóvedas celestes, y busca lo que no concibe, pero que sus presentimientos le indican, la ecsistencia de un Ser que ha debido criar cuanto le cerca. Este Salvaje recibe tambien cierta impresion que la civilizacion no podrá arrancarle jamás.... Os he contestado ya, amable Señora; yo no puedo poseer estos jardines, porque para ello se me ecsige una condicion. Si fuera falaz, la otorgaria, pero ni quiero engañar á mis semejantes, ni á mí misma; deciros que abrazaba la Ley del Profeta y dejaba la mia, seria una invencion cobarde: la religion se imprime en el alma por la naturaleza, y estas obras no son capaces de destruirlas, sino la muerte...."

"Luego, segun tu, bella Hebrea," le contestó la Princesa Mora, "todas las religiones son buenas....?"—"No dije eso, Señora: ni yo tengo la culpa de ser Hebrea, ni vos de ser Mora; quise decir, que las creencias religiosas no deben ser causa de que se tiranize á la humanidad, porque ni los hombres ni las mugeres elijen su religion, sino que la reciben del pais é influencia de donde nacen; se educan con ella, y se les imprime en su corazon."—"Y dime, Hebrea, ¿no ves que yo no puedo amarte sino te vuelves Mora?"—"Ay Señora, y ¡que fatalidad tan desgraciada.....! El Dios á quien vos adorais, no os puede haber impuesto este precepto terrible: vos y yo somos sus criaturas; ambas lo buscamos aunque por diversos caminos; y, siendo, como es, un Ente de justicia, no puede condenarnos á

que nos destruyamos con el rencor, el odio y la sangre."

La Princesa Mora, al oir las razones de la Hebrea, llegó á desconfiar de poderla conquistar: toda la mañana la invertieron en contestaciones de esta especie; pero, viendo la fuerza de sus raciocinios, se volvió á retirar porque era la hora de que la Hebrea fuese presentada al Emperador. Una Mora negra, vestida se blanco, fué la que dió aviso á Sol de que la esperaba el Kaid-Mia, Ayudante del Imperio (*); y, con una presteza momentánea, se despidió de las demás Moras, y fué á ponerse á las órdenes de aquel Gefe militar. La hermosa Sol fué conducida á la presencia del Emperador quien la recibió

(*) Significa Alcayde de ciento, que equivale á un Capitan de Ejército.

en un magnífico estrado, sentado en un almohadon de terciopelo carmesí con grandes franjas de oro. A su frente se hallaba preparado otro almohadon que hizo ocupara la jóven Hebrea; y, despues que mandó á sus esclavos sirviesen el esfá (*) y el té con la yerba luisa, prévias mil demostraciones de afabilidad y cariño, le dijo el Emperador que tenia noticias muy largas de su buen talento; que no ignoraba las contestaciones que habia tenido en el palacio de su hijo, y su insistencia en no querer abrazar la Ley del Profeta; pero que todo aquello lo habia mirado como un estravío de su imaginacion, y confiaba en que, al dirigirle la palabra, no permaneceria en la misma negativa. "Tu te llamas Sol," continuó el Emperador, "¿no es verdad....?"—"Si, Señor," replicó la Hebrea. "Pues bien," le contestó, "querida Sol, te tengo preparado un regalo que tu no eres capaz de discurrir. Desde que el Gobernador de Tánger me habló de tu hermosura y de tu modestia, me decidí á que fueses uno de los encantos de mi Corte. La tarde que llegaste á Fez, te vi entrar, y quedé contento de tu vista; pero lo estuve mas, cuando te oí hablar en la casa de mi hijo. Yo estaba á tu espalda y no me veías (*), y me regozijaba con el Profeta de tenerte en

(*) Es una especie de alcuzcuz que hacen para el Emperador y personajes de su nobleza, compuesto de leche, azúcar, manteca y canela.

(*) Costumbre Arabe, tener escuchas y miras en todas las habitaciones para ver y observar desde unas lo que pasa en otras.

mi poder. Esta mañana, cuando tu referias aquello de los que nacian sin voluntad propia, estaba yo en el jardin, y un Tolva que me acompañaba (*) me dijo: 'esa Hebrea será muger de un Moro valiente y noble:' en el momento formé la idea de recompensar tu hermosura con un sobrino mio, galan, rico y esforzado como él solo: te tengo preparado un diamante cuyo valor escede á todas las riquezas que poseen algunos Príncipes de otros paises: ya ves, hermosa Sol, que estos presentes no son dignos de desprecio. ¿Es verdad que no me dejarás desayrado....?"—"Señor," contestó la Hebrea, "confieso que en mi estado actual, nada me llama la atencion.... nada me alucina.... la memoria de mis padres y hermano me atormenta

(*) Equivalente á un sábio de su Ley.

tanto...."—"Pues bien, vendrán tus padres y hermano; pero será despues que seas Mora."—"Creí, Señor, que ibais á decir despues que seais muerta, porque yo jamás seré Mora...."—"¡Inocente criatura!" dijo el Emperador, "¿quien os presta esa decision que toca en temeridad? ¿quien ha perturbado vuestro sentido hasta el estremo de renunciar las ofertas que acabo de haceros....? reflecsiona un momento, y verás te encuentras en la alternativa de elegir mis promesas ó aceptar la muerte.... resuelve pronto; ó, si quieres término para pensar, pide plazo, que te se concederá."

"Señor," dijo la Hebrea, "conozco que me habeis dispensado unas distinciones que no las merezco: considero que las ofertas que me habeis hecho, son dignas de un Príncipe tan grande

como vos; pero no las puede aceptar una Hebrea miserable que ha formado el propósito de no cambiar de creencia religiosa: si esta resolucion merece la muerte, yo la sufriré resignada; mandarme matar, que el Dios de la justicia que sabe mi inocencia, cuidará de vengar mi sangre.... "—" ¡Infeliz....! ¡nunca hubieras sido tan hermosa para ser tan desgraciada.... ! te abandono desde este momento, pues se humilla mi orgullo de instarte mas: te dejo, y lo hago con sentimiento: la Ley te juzgará, y desde ahora veo que tu sangre habrá de salpicar la tierra;" y, lanzándole una mirada compasiva, se levantó con tono pausado, y se marchó.

La afligida Sol quedó inmóvil, pero derramando un torrente de lágrimas; y á los pocos minutos el Kaid-Mia le

intimó lo siguiese, y aquella víctima de la constancia marchó sin la menor oposicion. Fué el caso que el Emperador decretó que el Cadí (*) siguiese la causa y la juzgara, apurando ántes de imponerle ninguna pena, todos los medios de la persuasion y de la dulzura. El Kaid-Mia la llevó á la casa de este Magistrado, con especial recomendacion del Emperador, y el Juez determinó que no fuese á la prision. Señalóle una estancia en su propia casa con el fin de estar mas inmediato á ella, y ocupar en su conversion todo el mas tiempo posible; pero todas estas distinciones las tenia la hermosa Sol como un martirio, pues ya no pensaba en otra cosa que en la muerte, que queria llegase con una vehemencia la mas estraordinaria.

(*) Un Juez superior.

Aquel Hebreo comisionado que acompañó á la víctima por encargo de sus padres, ya habia escrito á estos todos los acontecimientos ocurridos. En Fez se habian hecho demasiado notorios aquellos sucesos, y los Hebreos que allí residian, estaban muy á la espectativa de todos ellos, sin perjuicio de que no perdian de vista los medios que no cesaban de discurrir para salvarla. Mas todo era en vano; los Moros habian formado un empeño decidido en convertir á la Hebrea, y luchaban ya contra la desesperacion. El Cadí, fiel observador de los preceptos del Emperador, emprendió su obra con sutileza y maestría: todos los dias ocupaba seis horas en hacer reflecsiones á Sol; pero todo este tiempo perdia, porque la jóven, obstinada en su resolucion de no abandonar la creencia de sus padres, resistia con

vigor cuantas escitaciones se le hacian, y se negaba á la mas pequeña deferencia. Viendo pues el Cadí aquella fortaleza de espíritu, y compadecido por otra parte de la suerte de la Hebrea, á quien tenia que condenar á muerte si no se declaraba Mora, inventó un ardid para sorprehenderla, haciéndole caer en el lazo.

Un dia, despues de nueve que llevaba de persuasiones inútiles, entró muy de mañana en el cuarto de Sol. "Hija mia," le dijo, "te traigo noticias de consuelo: yo que te he mirado con ojos de compasion y de cariño, y que lloraria tu muerte como si fueses mi propia hija, he buscado los Jajamin de tu creencia (*), con los

(*) Hebreos revestidos de cierta dignidad, llamados sábios, y acatados como tales.

que he conferenciado largamente sobre tu actual posicion; ellos me han asegurado que, siendo tu negativa á abrazar la Ley del Profeta el miedo á perder la gloria, te la aseguraban bajo su palabra y conciencia, con tal de que no te se prive de la vida. Ya ves, hija mia, que este paso, dado por mi cariño hácia tu bien, es una obra de mucho mérito; y mucho mas, cuando lo he dado sin permiso del Emperador que quiero lo ignore siempre. Tus sábios vendrán á verte, hablarán contigo, te dirán lo mismo que acabas de oir por mi boca; y, cuando estés convencida de la verdad, yo me contaré por muy dichoso en haber contribuido á tu conversion, y salvádote de la muerte. Pero advierto que no te ha causado alegría esta noticia..... ¿estás por ventura mala...? ¿te duele la cabeza...?" Sol no cesaba de mirar

con un aspecto muy serio al Cadí, y su semblante manifestaba bien á las claras, el estado de vacilacion mental en que la habia constituido aquella novedad; sin embargo le dijo, que ansiaba sobremanera hablar con los sábios, y del resultado de la conferencia dependeria, su última y decisiva determinacion.

Esta trama fué concertada entre el Cadí y el Emperador, haciendo comparecer á los Jajamin, y manifestándoles que, si no convencian á la hermosa Hebrea á que se volviera Mora, ésta seria degollada, y ellos esperimentarian la cólera del Emperador. Semejante amenaza produjo el efecto que se apetecia, y era, el de intimidar á los sábios para que aconsejasen á Sol á que se hiciese Mora; y, en efecto, habiéndolo ofrecido, creyeron tener

logrado su fin. Este fué el motivo porque el Cadí se lo manifestó á la Hebrea, pero ocultándole que lo sabia el Emperador.

Al dia siguiente vinieron los Jajamin á la habitacion de la contristada Sol, y, luego que la hubieron saludado, le dijeron, que iban á consolarla en sus aflicciones; querian oir de su boca las razones que tenia para no condescender con las instancia del Emperador; y, en fin, que queriendo llenar sus deberes, llevaban una mision propia de su obligacion. La bella Hebrea los oyó atentamente, y, despues que desahogó su pecho con centenares de suspiros, se esplicó en estos términos:

"El Dios, que, cubierto por la densidad de nieblas que no ha osado penetrar la sabiduría humana, entregó

las tablas de la Ley á Moysés en el desierto; ha hablado á mi corazon para que permanezca fiel á los preceptos que impuso al Pueblo de Israel. Yo leí en los libros sagrados, mas de una vez, la persecucion horrible que sufririan los Israelitas por los que en algun tiempo harian innovaciones en la Ley: recuerdo las profecías de nuestros Patriarcas, y las observo cumplidas unas, y otras que llegarán á realizarse. Mahoma fué un innovador lisongero, un desertor de la primitiva ley; y no estoy conforme ni con su paraiso ni con su gloria. Fiel á mis ritos religiosos, tengo grabado en el alma á mi Dios; aquel Dios de Abraham que, por solo cumplir con su voluntad, iba á sacrificar á su propio hijo Isac: yo quiero hacer el sacrificio de mi vida al mismo Dios que me tiene mandado no sea infiel á su Ley; así cumpliré con

su voluntad y mis deberes como buena Hebrea. ¿Hay poder en la tierra que pueda alterar lo que escribió la diestra del Altísimo....?"

Los Jajamin oyeron con atencion las palabras de la jóven Sol, y principiaron á dirigirla razonamientos llenos de esperanzas y de filosofía; mas, viendo que á todo contestaba con un valor inesplicable, uno de ellos le dijo por conclusion: "Nuestra Ley nos impone respetar, despues de Dios, al Rey; el Rey quiere que vistais el turbante, y su voluntad es sagrada en la tierra: yo no puedo ni debo aconsejaros lo contrario, porque seria contrarestar la autoridad suprema del pais que nos da hospedaje. Además, hay ciertos accidentes en la vida humana, que, por su trascendencia, el Dios de Abraham los tolera y perdona. Tu,

jóven criatura, si solo consideras las desgracias que pueden sobrevenir á tí sola, has considerado poco. Tienes padres (*), un hermano y parientes; tienes además el resto de los Hebreos que moran en este Imperio, que serán proscriptos, perseguidos, y, tal vez, algunos sacrificados: con bolverte Mora, no solo te libras de la muerte, sino que escusarás una inmensidad de males que pueden llover sobre los tuyos; evita esas desgracias, aun cuando sea con una conversion aparente; en este caso, nosotros, en nombre de Dios, te aseguramos su Gloria, y garantimos tu conciencia con nuestra responsabilidad."

(*) En 15 de Julio de 1837, dia en que se escribia esta obra, vivian los padres, hermano y primos, de esta desgraciada jóven.

La Hebrea, con una actitud sumamente espresiva, atendió al antecedente razonamiento, y, sin vacilar un instante y poniéndose en pie, se espresó en estos términos: "Yo os acato, sábios de mi dogma; pero, si nuestra Ley impone respetar, despues de Dios, al Rey; el Rey no puede violar los preceptos de todo un Dios. Estoy resuelta á sacrificar mi vida en las aras de mi creencia religiosa; esta determinacion podrá producir desastres, pero serán para mí sola: mis padres, hermano, parientes y demás Hebreos, recibirán del cielo ausilios de fortaleza para sobrevivir á mis calamidades, y el poder de la Providencia detendrá las furias infernales del brazo del fanatismo, para librarlos de todo mal. No haré, ni aun con apariencia de esterioridad, lo que me decís; la gloria se gana con hechos de virtud;

y entregar el cuello al fiero alfanje de un verdugo, por ser constante con la fé de mis mayores, es una virtud que terrorizará á mis opresores, y los llenará de infamia y remordimiento, cada vez que recuerden su crueldad. Os pido perdon si he podido ofenderos; decid á mis queridos padres, que viven en mi corazon, y al Cadí que no se moleste mas con importunarme: estoy resuelta á no desistir, y serán en vano otras pruebas." Esto dijo con un acento de firmeza que no pudo menos de conmover á los Jajamin que se retiraron, poseidos del mas terrible sobresalto.

El Cadí que habia estado oyendo toda la conferencia por otra habitacion inmediata, salió al encuentro á los intimidados Jajamin. "Todo lo sé," les dijo, "porque todo lo he presen-

ciado; vosotros habeis llenado vuestro deber; así lo diré al Emperador, y fiad en mi palabra que nada tendreis que sentir;" y de este modo los despidió. Inmediatamente corrió á su escritorio; toma los papeles que compendiaban la causa de la Hebrea; escribe en ellos la contumacia de ésta; refiere que ha blasfemado con repeticion del Profeta y de su dogma; y la condena por lo tanto á que se le corte la cabeza en público. Marcha en seguida al palacio del Emperador, le cuenta todo lo sucedido con los sábios, y le presenta, acto contínuo, la sentencia de muerte.... El Emperador se conmueve y da señales de sorpresa y de sentimiento.... "¿Con que, no hay remedio," le dijo al Cadí; "esa Hebrea tiene que morir....?" —"Señor," le respondió, "la Ley la condena, y no hay remedio....."

—"Pues bueno," le repuso, "aun no pierdo las esperanzas: te encargo que esa justicia se ejecute con la mayor publicidad; que concurran á ella todas las tropas que residen en Fez, y las de las inmediaciones: que se haga un aparato espantoso; que la hieran ántes de cortarle la cabeza, á ver si, viendo correr su sangre, se intimida y convierte. Aléjate de aquí, pues me quedo disgustado con la fatal desgracia de esa jóven tan hermosa como su nombre.... pero, mira.... te encargo que apures todos los medios.... tal vez se pueda aun conseguir..... mas..... Alá te guarde...." y le volvió la espalda con signos de desagrado.

El Cadí conoció muy bien que el Emperador habia recibido un pesar con la idea de la muerte de Sol; pero ya no encontraba remedio. La Ley,

aunque bárbara y tiránica, estaba terminante; y su ejecucion era lo que restaba. Sin embargo, ántes de cumplirla, fué á ver á Sol; la encontró arrodillada, y le presentó su causa. "Ahí tienes," le dijo, "tu sentencia: esa cabeza rodará por el suelo; tu sangre apagará el polvo de la tierra; cien mil maldiciones caerán sobre tu cadáver; este será tu prócsimo fin.... pero aun tiene remedio.... aun puedes pensarlo hasta mañana que, á esta misma hora, volveré, ó á presentarte al Emperador con una corona de jazmines, ó á conducirte á la muerte.... Piénsalo....." y volvió la espalda. La Hebrea no pronunció palabra, ni cambió la posicion en que se hallaba; al contrario, permaneció en una especie de éstasis contemplativo, entregado del todo su espíritu al Criador.

Ya era cuasi público en Fez que se aprocsimaba un dia, en el que iban á decapitar una Hebrea jóven y hermosa por haber blasfemado del Profeta. Los Moros, cuyo fanatismo religioso no tiene comparacion, se disponian á presenciar aquel acto horroroso entre sus acostumbradas alegrías. Los Hebreos del pais que todo lo sabian, estaban poseidos del mayor sentimiento, pero nada podian remediar; solo se reunieron para juntar una cantidad, é invertirla en lo que pudiera convenirles segun las circunstancias. Los padres y parientes de la víctima que residian en Tánger, apuraban todos los medios imaginables para buscar recomendaciones; pero la fatalidad hizo que todos los esfuerzos se estrellasen contra la desgracia: el destino tenia preparada una víctima, y ésta no tuvo en su favor mas que los

ausilios que recibia del cielo. Todo aquel dia la atribulada Sol estuvo entregada á sus meditaciones; reusó el alimento; y solo esperaba con ansia el instante de terminar su vida. Llegó en fin la hora señalada: el Cadí entra en su estancia con paso trémulo, y encuentra á la jóven en la misma posicion que la habia dejado en el dia anterior; tiembla á su vista y apenas se determina á dirigirle la palabra; pero, resuelto en fin, le dice. "Sol.... ¡hermosa Sol....! los plazos de la vida llegan como los de la muerte.... aquí me tienes.... ¿sabes cual es el objeto de mi venida....?"—"Lo sé...."—"¿Has pensado ya sobre tu suerte futura.....?"—"Sí Señor..."—"¿Y que has resuelto....?" —Y, levantándose del suelo con firmeza, le dice: "que me lleveis al sitio donde he de derramar mi sangre..."—"¿Lo has pensado bien...?" le dice temblando.—"Sí Señor."—"¡Infeliz criatura....! tu memoria no se apartará de mí hasta la tumba;" y, mandando á un soldado que la aprisionase, la condujeron á la Cárcel.

Era el dia siguiente uno de los dos que, en cada semana, celebraban su mercado: la concurrencia de los pueblos limítrofes tenia que ser numerosa, y la esperaban mayor, cuanto circulase la noticia da que se iba á decapitar á la bella Sol. Semejante especie corrió con una velocidad estraordinaria, y ya, al declinar la tarde, no se hablaba de otra cosa. Llegó el dia fatal, y la autoridad habia determinado que, para darle mas publicidad al acto, se ejecutase la sentencia en el Soco (*). En este

(*) Plaza grande que hay en Fez donde se celebran los mercados.

sitio se estableció, desde muy temprano, un gran piquete de tropa para llamar la atencion y escitar mas la concurrencia; pero, aun cuando no se hubiesen adoptado estas medidas, siempre habria sido altamente concurrido. Los Hebreos que residian en Fez, viendo que les era imposible remediar aquella catástrofe, recurrieron al Emperador, y ofrecieron una cantidad considerable de dinero porque les mandara entregar, para enterrarlo, el cadáver de la jóven Hebrea. El Emperador condescendió con esta instancia, y, así las cosas, llegó la hora terrible en que habia de consumarse el sacrificio.

La hermosa Sol se hallaba en la prision ansiando por momentos pagar el débito que hacia á la naturaleza. No habia cesado de estar orando, pidiendo

fortaleza y valor al Ser Eterno en quien fundaba su confianza para sufrir el amargo trago que le esperaba. Oye abrir la puerta de su encierro, y ve que entran los verdugos: nada le sorprehende; los mira afable, y espera sumisa sus órdenes. Mas aquellos hombres, connaturalizados con la crueldad, le intiman la órden de marchar á la muerte, y en seguida le ponen un fuerte cordel al cuello y principian á tirar de ella como si fuera una bestia. La mas bella de las jóvenes, envuelta en su humilde jaique (*), con sus ojos clavados en tierra y con un paso trémulo y vacilante, marchaba detrás de los verdugos, regando con sus lágrimas el suelo que pisaba. La compasion, la ternura, el dolor mismo, todos los

(*) Especie de túnica que usan en Africa tanto las Hebreas como las Moras.

afectos en fin que pueden mover al corazon para sentir con esceso, se veian retratados en la figura de la Hebrea; pero en Fez no hay sentimientos de ninguna especie: las calles cubiertas de Moros de todos secsos y edades, atronaban los ayres con sus disonantes algarabías. "Ahí viene," decian, "la que blasfemó del Profeta; muera, muera, por impía." En vano los soldados apartaban la jente para abrir paso á la víctima; todos se agrupaban sobre ella, para gozarse en su dolor. ¡Bárbaros....! ¿y así insultais á la heroina de su siglo....? ¿y llamais impiedad á la virtud....? ¿y blasfemais á la que no pudisteis vencer con razones....? La sangre que vais á derramar de esa inocente, por la barbaridad de vuestras leyes, será algun dia la causa de que se vierta la vuestra....

Siguió, en fin, toda la carrera que habia desde la Cárcel hasta el Soco, aumentándose mas y mas la concurrencia; pero en este punto se hallaba la tropa que formaba el círculo. Un inmenso jentío ocupaba todos los ángulos, y, por entre aquella confusion, la hermosa Sol, con sus verdugos, penetró en el lugar de su sacrificio, ocupando el centro. La pluma se resiste á bosquejar los sucesos que allí ocurrieron en pocos minutos. Es necesario carecer de toda sensibilidad, para no conmoverse y derramar lágrimas, pues los Moros mismos, en medio de su temple brutal, las vertieron en aquel acto, con abundancia.

Un verdugo desenvaina un tajante alfanje que revolotea por los ayres dos ó tres veces; y, como si esta señal fuese la del silencio, cesan todas las gritas

Moriscas y se apaga hasta el mas pequeño murmullo. A la hermosa Sol se le manda poner de rodillas, y en este acto pide que le suministren unos zaragüelles, ó calzoncillos blancos, y una poca de agua para lavarse las manos. No bien lo hubo pronunciado, cuando inmediatamente le fué dado lo que apetecia. Los espectadores estaban pendientes de todos las acciones de la víctima, y, cuando tuvo en sus manos los calzoncillos blancos, con el mayor recato se los puso, y dijo á uno de los Moros, que hacia aquello para cubrir sus carnes cuando, entre las ansias de la muerte, su cuerpo bregase en el suelo. En seguida se lavó las manos (*), y, acto contínuo, fijando la vista en el

(*) Ya se ha dicho que es costumbre de los Hebreos lavarse las manos ántes de alabar á Dios.

cielo, pronunció con mil lágrimas la Semá (*). "Ya concluí," dijo á los verdugos, "disponer de mi vida;" y, volviendo su vista en el suelo, se puso de rodillas á esperar la muerte.

La escena habia principiado á cambiar de aspecto; los concurrentes que veian aquellos actos ejecutados por la Hebrea con tanta mansedumbre, no pudieron menos de conmoverse: á infinidad de espectadores se les vió verter lágrimas, y muchos, con el acento de la compasion, se lamentaban de aquella desgracia. Un verdugo ase los brazos de la víctima, y, volviéndolos hácia su espalda, los ata fuertemente con un cordon; toma el alfanje, lo vibra en el ayre, coje del pelo la

(*) Oracion que dicen los Hebreos ántes de morir.

cabeza de la Hebrea, y la hiere lentamente, pero que en el instante cubrió de sangre su pecho y todos sus vestidos. "Aun hay tiempo," le dijo, "de que seas Mora, y libras la vida;" pero ella, volviendo la vista hácia el fiero verdugo, le contestó: "*corta la cabeza y no me hagas penar; pues, muriendo como muero inocente, el Dios de Abraham vengará mi muerte.*" Estas fueron sus últimas palabras, pues, al acabar de pronunciarlas, el verdugo dividió su hermoso cuello, y dejó de ecsistir la mas constante de todas las mugeres..... ¡Espectáculo de horror.....!!!

Los Hebreos tenian pagados seis Moros para que, en el momento que se ejecutara la sentencia, recojieran el cadaver y la tierra en que habia caido su sangre. Estos encargados lo ejecutaron inmediatamente, poniendo en un fino lienzo aquellos despojos mortales, y entregándolos á los Hebreos que ya estaban en su cementerio abriendo un profundo sepulcro al lado de otro donde reposaban las cenizas de un sábio de su ley, de muy buena reputacion. En aquel mismo dia fué enterrada la mártir Hebrea, entre las lágrimas y suspiros de los muchos que concurrieron á su sepelio. Los mismos Moros acompañaron al cadáver; y en el dia acatan tanto la memoria de esta desgraciada víctima, que asisten á su tumba á tributarle homenaje de veneracion y respeto como una verdadera mártir de su Ley.

Este fué el término que tuvo la historia de la heroina Sol Hachuel: su padre quedó y subsiste ciego de tanto llorar; su madre no cesa de repetir su

nombre. Aprendan los padres, en este ejemplo, el modo de educar á sus hijos: la demasiada severidad los conduce á veces á trances mas terribles de la vida. Imiten las jóvenes su virtuosa constancia; pero no olviden jamás, que quien labró su desdicha fué una infiel amiga.

FIN.

LISTA

De los Señores Suscritores, sus nombres, residencia, y número de ejemplares que han pedido.

Excmo. Sr. Duque de Rivas, *Sevilla*	50
Sr. D. Juan Nepomuceno García Hidalgo, Intendente honorario de Provincia, *Córdova*	10
Sr. D. Rafael Lopez de Andrade, Cónsul General de S. M. F. en *Gibraltar*	20
Sr. D. Manuel Delmar, *id.*	10
Mr. José Lasalle, de *Hamburgo*	2
Mr. A. de Codrika, *Gibraltar*	2
Mr. J. de J. Hassan, *id.*	4
Mr. A de J. Hassan, *id.*	2
Mr. Shou Salomon Serruya, *id.*	4
Sr. D. Antonio Pijoan, de *Barcelona*	1

Sr. D. José Antonio Linares, *Granada*..... 100
Mr. Marcos Ascoli, *Gibraltar*.. 4
Mr. J. Pijozo, *id*..... 2
Mr. Nuitia, *id*..... 2
Mr. Isajar Hachuel, *id*..... 8
Mr. M. Aboab, *id*..... 4
Sr. Marques de Corvera, *Granada* 1
Sr. D. Mariano Moreno Baltodano, *id*..... 1
Sr. D. José Ruiz Coello, *Huesca* 1
Sr. D. Rafael Ximenez, *id*..... 1
Sr. D. Pedro García de la Serrana, *id*..... 1
Sr. D. Javier Leonar, Administrador de Correos de *Sanlucar de Barrameda*..... 1
Sr. D. Ramon Justo Fernandez, *Ronda*..... 4
Sr. D. Fernando R. Hurtado, *id*. 1
Sr. D. Antonio del Rio Rosa, Abogado, *Ronda*..... 1

Sr. D. Simon Fernandez Gabaldon, *Sevilla*..... 1
Sr. D. Francisco de Paula Barba, *id*..... 1
Sr. D. Pedro José de Caso, *id*.. 1
Sr. D. Antonio Carrion, *Otrera* 1
El Instituto de Ciencias, de *Roma* 1
La Sociedad de Literatos, de *Hannover*..... 6
Sr. D. Nicolás Porro, *Gibraltar* 2
Mr. R. L. Hepper, *id*..... 2
Mr. S. Y. Benzimbra, *id*..... 2
Sr. Conde de Yuvven, *Petersburgo* 4
Sr. Vizconde de Duniel, *Coimbra* 1
Sr. D. José Malo, *Gerona*..... 1
Sr. D. Luis Sanchez, *Madrid*.. 1
Sra. Condesa de Marimon, *Bayona* 1
Sr. D. Manuel Cenit, *Méjico*... 2
Mr. A. Hachuel, *Gibraltar*.... 2
Mr. M. Hachuel, *id*..... 2
Mr. S. Benamud, *id*..... 2
Mr. R. Vivas, *Corfú*..... 6

Sr. D. Leon Marita, *Valencia*..	1
Mr. Jorge Wasteing, *Lóndres*..	2
Sr. D. Manuel José Tunez, *Zaragoza*.....	1
Sr. D. José Benitez, *Lugo*....	1
Sr. Cristobal Vas, *Victoria*....	1
Mr. J. L. P., *Petersburgo*....	1
Mr. Luis Pretel, *Holanda*.....	1
Sr. D. Josef Coelho, *Evora (Portugal)*.....	1
Sr. Conde de Sn. Martin, *Nápoles*	1
El General Bustamente, *América*	2
Sr. D. Ignacio Malas, *Méjico*..	100
Sr. D. José Pacheco, *Habana*..	20
Mr. H. H. y Ca., *Havre*.....	60
Madama Blu y Garnerin, *Paris*	2
Mr. Foc, *Turin*.....	1
La Biblioteca de Paure, *Zurik (Suiza)*.....	4
Sr. D. Pedro Alcántara Gil, *Cádiz*	1
Sr. D. Antonio Cabanez, *Barcelona*.....	1

Sr. D. Cristobal Benitez, *Zamora*	1
El Dr. Glais, *Bayona*.....	1
La Librería de Guaceite, en *Liverpool*.....	50
El Museo de Ciencias, en *Amsterdam*.....	6
Sr. D. Manuel Enjuto, *Orense*..	1
El Dr. Morales, *Salamanca*....	1
Sr. D. Diego de Lora y Caceres, *Canarias*.....	1
Sr. D. Pedro Navarro, *Zafarraya*	1
Sr. D. Manuel Mortu, *Málaga*..	1
Sr. D. José Hidalgo, *Murcia*...	1
Sr. D. José Palacios, *Badajoz*..	1

NOTA.

No habiéndose recibido aun todos los nombres de los Señores Suscritores, se pondrán sus nombres en la segunda edicion, de los que aun no han remitido los corresponsales.